

CAPÍTULO CIX

BOCETO DE LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XIX

Balmes y Donoso Cortés. — Fray Diego de Cádiz. — Joaquín Lorenzo Villanueva. — Kant. — Sanz del Río. — Francisco Mateos Gayo y Fernández. — Federico de Castro. — Romualdo Alvarez Espino. — José María Fernández de Cires. — Luis Vidart. — Polémica sobre la cultura española. — Salmerón, Azcárate, Núñez de Arce y Manuel de la Revilla; Gumersindo Laverde, Menéndez Pelayo y Valera. — Luis Usoz y Río. — Fermin Caballero. — Eduardo Benot. — Pedro Sala y Villaret. — Antonio Zozaya. — Pi y Margall. — Ceferino González.

Bien desairado papel representamos los españoles en Filosofía, durante el siglo XIX, ante la cultura europea. De esta deplorable deficiencia tiene la principal culpa la escuela que rinde culto á las preocupaciones y á la conservación de toda rutina.

Hay extranjeros que sostienen que desde 1810 al 84 sólo hemos tenido dos filósofos: Balmes, algo original y con cierta energía de pensamiento, que aplicó á la apología del Catolicismo, y Donoso Cortés, menos original pero más brillante, que recordó las obras de Bonald, De Maistre, de Lamenois y aun las de Proudhon, al componer el *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*. (Ernest Mérimée). París, 1908, págs. 440-41.

El ilustre profesor de la universidad de *Toulouse*, por citar siquiera dos filósofos del siglo XIX, pone esos nombres sin fijarse en que Balmes fué más bien controversista católico, deficiente como filósofo y poco afortunado como apolo-gista, pues su en otros tiempos famosa obra, *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, de erudición histórica, no trata la materia de manera enteramente persuasiva, dando ello motivo á multitud de juicios contradictorios.

Desde el prólogo de esta obra manifiesta con resolución su pensamiento, no filosófico (hay que decirlo) sino religioso, *exclusivamente católico*.

«Entre los muchos y gravísimos males que han sido el necesario resultado de las hondas revoluciones modernas, figura un bien sumamente precioso para la ciencia y que probablemente no será estéril para el linaje humano: *la afición á los estudios que tienen por objeto el hombre y la sociedad*. Tan recios han sido los sacudimientos, que la tierra, por decirlo así, se ha visto entreabierta bajo nuestras plantas; y la inteligencia humana, que poco antes marchaba altiva y desvane-

cida sobre una corona triunfal, no oyendo más que vitores y aplausos, y como abrumada de laureles, se ha estremecido también, se ha detenido en su carrera, y absorta en un pensamiento grave, y dominada por un sentimiento profundo se ha dicho á sí misma: *¿quién soy? ¿de dónde salí? ¿cuál es mi destino?*»

«De aquí es que han vuelto á recobrar su alta importancia *las cuestiones religiosas*; por manera que mientras se las creía disipadas por el soplo del indiferentismo, ó reducidas á muy pequeño espacio por el sorprendente desarrollo de los intereses materiales, por el progreso de las ciencias naturales y exactas, y por la pujanza siempre creciente de los debates políticos; se ha visto, que lejos de estar ahogadas bajo la inmensa balumba que parecía oprimirlas, se han presentado de nuevo con todo su grandor, con su forma gigantesca, sentadas en la cúspide de la sociedad, con la cabeza en el cielo y los pies en el abismo.»

En esta disposición de los espíritus, que él creía general, aunque sólo era parcial y restringida en España, es cuando con fines puramente de predominio religioso, llama la atención en su *Protestantismo comparado con el Catolicismo* sobre la revolución religiosa del siglo XVI, y pregunta con infantil indiscreción filosófica: «¿qué ha hecho esa Revolución en pro de la causa de la humanidad?» He aquí lo que se propuso examinar en su libro más llamativo que de real importancia.

Ya comprendía él lo arduo del tema. «Cada época tiene sus necesidades (dijo). Belarmino y Bossuet trataron las materias conforme á su tiempo; nosotros debemos tratarlas cual lo exigen las necesidades del nuestro. Conozco la inmensa amplitud de las cuestiones; y así no me lisonjeo de poder dilucidarlas cual demandan ellas.»

Resignado al fin, dice: «Emprendo mi camino con el aliento que inspira el amor á la verdad. Cuando mis fuerzas se acaben, me sentaré tranquilo, aguardando que otro que las tenga mayores, dé cumplida cima á tan importante tarea.»

Balmes murió en la flor de su vida. Su obra de erudición le sobrevivirá como monumento de polémica y discusión; pero nada puede ofrecer su libro como tratado filosófico. Bastaría para rechazarlo como tal la ardorosa defensa que hace de las infamias cometidas por déspotas católicos para esclavizar á los pueblos con las maldades del inicuo tribunal de la Inquisición.

En cuanto al ensalzado Donoso Cortés, más bien que filósofo fué un eterno visionario que creía que el mundo necesitaba un nuevo Salvador que lo redimiera otra vez, y veía la ruina de las sociedades en la práctica de las ideas innovadoras, sin comprender que la Humanidad no ha de estacionarse á capricho de los inspirados por la fe, sino mejorar y realizar los rectos fines sociales en virtud de progresivas é ineludibles leyes, si peligrosas, salvadoras para las colectividades y los pueblos.

Es inexacto, como se pretende, que los españoles carezcan de verdaderos tra-

bajos filosóficos en el siglo XIX. Se ha trabajado con mucha constancia por escritores ilustres en este género de obras.

En los 30 años primeros del siglo, en medio de la revolución política y literaria que experimentaron los espíritus, se dieron á luz varios tratados de filosofía que sentaron las bases de racionales principios, dando formas más compatibles con los adelantos en el pensar, educado hasta entonces en los prejuicios difundidos por la desacreditada escolástica.

El pensamiento español empezó entonces á desenvolverse de las dificultades con que durante siglos había luchado. La escuela retrógrada, que al compás de la dictadura política quería sembrar por doquiera sombras y desconfianzas, procuraba con tesón que prevaleciera de nuevo la mentira, haciendo creer á los pueblos que sólo en la sumisión al tirano estaba su salvación, máxima absurda que produjo tantos males y muertes á los pobres españoles.

Aquel estado de cosas, horrible para todo hombre recto y estudioso, no terminó, como la tiranía política, hasta que falleció Fernando VII, y los prosélitos de sus doctrinas perversas persistieron en difundirlas como si fuera lo más glorioso para la Humanidad.

No pudieron conseguir, sin embargo, tales propósitos. Si en nuestra patria se creía que sería posible extinguir todo rastro de bondad y de prudencia y podría extirparse todo conato de progreso y civilización, se equivocaron los ilusos por completo.

Los engañados, los sumidos en el error antiguo, los pertinaces en la obcecación, los educados en los centros de la superstición conventual, estaban obligados, como reconocidos á los medios egoístas del vivir, á la defensa de las crudezas más disonantes por defender y sostener lo absurdo, lo más repugnante, lo más inadmisibles, lo más falso en el orden, no ya católico y ortodoxo, sino en el puramente filosófico, en todo lo histórico, sensato y crítico.

Se comprende que así sucediera si se tiene presente que las tres primeras décadas del siglo XIX seguían dando los frutos que era de esperar de la semilla sembrada en las inteligencias desde la muerte de Carlos III, semilla de falsedad, de conveniencia palaciega, de grosero rebajamiento hasta en la propagación de actos y sucesos de índole religiosa. Hubo entonces un capuchino, Fray Diego de Cádiz, predicador de mucho prestigio entonces, de mucha verbosidad, pero de escasa importancia científica, que esparció las necedades más atrevidas contra la descreída Francia y los incrédulos volterianos. El gran literato don Joaquín Lorenzo Villanueva, que fué notable filósofo español, señaló el caso en su *Vida literaria*, amplio resumen de la historia de su tiempo. El año de 1801 murió aquel capuchino en Ronda, venerado como santo por los beatos.

Citamos esta fecha precisamente porque en aquel mismo año apareció un tomo de la *Filosofía* de Kant. Aquí desaparecía un ídolo de la superstición; en Alemania se mostraba un nuevo sol intelectual para alumbrar y fortalecer al mundo.

En las *Memorias del Instituto de Francia, ciencias morales y políticas, tomo IV,*

se lee lo siguiente: «La filosofía de Kant, por M. Carlos Villers, año 1801. En el mismo apareció el *Ensayo de una exposición sucinta de la crítica de la razón pura*, por Kinker, traducida del idioma holandés, y esta pequeña obra, notable por su claridad, aunque algo superficial, suministró á M. de Tracy materia para una Memoria leída en el Instituto el 7 Floreal del año X de la República, ó sea el 27 de Abril del año 1802.»

Y el señor don Alejo García Moreno, en su traducción de la *Crítica del Juicio*, en unión con don Juan Ruvira, dice á continuación de lo copiado, lo que añadimos del mismo prólogo del traductor francés:

«Desde que á principios del siglo XIX llamaron la atención de Francia sobre Kant, su doctrina ha venido interesando á todos los pensadores; mas falta que sea bien conocido y se le tributen los honores que merece. M. Cousin, que ha elevado en Francia el estudio de la historia de la filosofía á la altura que el método exige, no es posible que permaneciera indiferente al lado de una filosofía que había tenido tanto eco en Alemania.

Cuando se trata de un hombre como Kant y de monumentos como la *Crítica de la razón pura*, la de la *Razón práctica* ó la del *Juicio*, no bastan simples análisis, por más exactos y detallados que éstos sean... Kant tiene un lenguaje propio, una terminología que, una vez comprendida, es de una claridad perfecta, y aun de un uso cómodo; pero que, presentada de repente y sin la preparación necesaria, todo lo ofusca y á todo da una apariencia oscura y extravagante.

Los defectos que M. Cousin vitupera en la *Crítica de la razón pura* y que, como él ha hecho notar, han retrasado en el país mismo de Kant el éxito de esta obra inmortal, son los mismos que se encuentran en la *Crítica del Juicio* y en la *Crítica de la razón práctica*. Sólo que en estas dos últimas obras aparece Kant, en general, más sobrio y menos difuso que en la primera, y el carácter mismo de las materias que en ellas se tratan, como son, ya aquí los principios de la moral y los sentimientos y las ideas á que ésta se refiere, ya allá lo bello y lo sublime, las bellas artes, las causas finales, etc., todo esto, pues, da á veces á su estilo un tinte menos severo y menos claro, á pesar de que reaparecen y dominan siempre los mismos defectos. Después de esto se comprenderá cuán difícil debe ser una traducción literal de estas obras.»

«A nosotros nos parece (dice J. Barni), que el problema debe resolverse, traduciendo á Kant de tal modo que, reproduciendo en todo fielmente el texto, se atenúen en algún tanto los defectos; es decir, se introduzcan en aquél, pero sin modificarlo, las cualidades propias de nuestro lenguaje. Una traducción que llene estas dos condiciones, teniendo un doble mérito, hará un doble servicio al autor. He aquí el problema que nos hemos propuesto, y demasiado comprendemos las dificultades que encierra para lisonjearnos de haberlo resuelto. Esperamos al menos que nuestros esfuerzos no habrán sido del todo inútiles. Como la lengua francesa tiene la virtud de esclarecer todo lo que transforma ó traduce, este mismo carácter debemos aplicarlo, tratándose de Kant; y puesto que la obscuri-

dad que en él se reprueba proviene en parte, según exactamente nota M. Cousin, del carácter extremadamente sintético de su frase, en contraposición al esencialmente analítico de la frase francesa, traducir á Kant en francés, debe ser lo mismo que esclarecerlo, corrigiendo ó atenuando en él el defecto que repugna á nuestra lengua.»

«Hemos insistido sobre los defectos de la forma de Kant, dice el mismo J. Barni en su traducción francesa, y ya es tiempo de presentarlo bajo otro aspecto. En Francia no se sabe bien que este escritor ha sabido algunas veces acercarse á los mejores de los nuestros, lo que se observa en la mayor parte de sus pequeños escritos, y especialmente en el que lleva por título *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime*, que apareció en 1764, esto es, veinte y seis años antes de la *Critica del Juicio* (la primera edición de esta obra es de 1790).

Se han hecho de la primera obra tres traducciones en francés (decía J. Barni en 15 de Diciembre de 1845), pero es conveniente volverla á traducir y yo he querido unir esta nueva traducción á la de la *Critica del Juicio*, puesto que ambas obras, aunque muy diferentes en el fondo y en la forma, tienen una materia común, lo bello y lo sublime, y porque es curioso el reunir estas dos formas distintas en que Kant ha tratado la misma materia con veinte y seis años de intervalo.»

Hace notar Barni, sin embargo, que no se debe buscar en las *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime* el origen de la teoría expuesta en la *Critica del Juicio*, y mucho menos una teoría filosófica sobre la cuestión de la idea de estos dos sentimientos. Kant no tiene tan alta pretensión; se propone únicamente, como él lo advierte en el prefacio, presentar algunas observaciones sobre la idea de los mismos, considerándolos en relación á los objetos, á los caracteres de los individuos, á los sexos y sus relaciones entre sí, y por último, en relación á los caracteres de los pueblos. La primera pequeña obra no es más que una colección de observaciones; no aparece en ella el profundo y abstracto autor de la *Critica de la razón pura*; Kant no es todavía en este tiempo más que el bello profesor de Cœnigsberg, como se le apellidaba en su villa natal.

«Esto supuesto (añade Barni), sobresale tanto Kant en el género á que pertenece este escrito, como en la metafísica. Se muestra en él tan delicado y espiritual observador, como de otro lado sutil y profundo analista: allí hay que admirar



Kant.

la exactitud, y muchas veces la delicadeza de sus observaciones, una feliz y rara mezcla de finura y naturalidad, y por último la dirección ingeniosa y viva que da á sus ideas, en lo que aparece claramente la influencia de la literatura francesa.»

Es muy sensible que cuando al alborear el siglo XIX, el mundo culto acogía con respeto y elogio, admiración y complacencia, las investigaciones científicas de los pensadores alemanes, y eran traducidos ó explicados sus libros y doctrinas en la mayor parte de los pueblos progresivos, aún se pugnaba por sostener en España el embrollo del abominable escolasticismo, que para nada útil sirvió nunca y todo lo obscureció para entenebrececer la inteligencia en perpetuas sombras.

Como en tiempos antiguos habían triunfado las burdas sinrazones del capuchino Diego de Cádiz contra las razonadas críticas del sabio y filósofo sacerdote don Joaquín Lorenzo Villanueva; de la misma forma, al cabo de haber transcurrido cerca de 50 años — dato infalible para testificar la lentitud con que aquí se reciben las ideas salvadoras de la inteligencia — se declaró la más encarnizada guerra á muerte á Sanz del Río y á sus ilustres compañeros en propaganda.

Catedráticos reaccionarios de las universidades se levantaron como energúmenos y vociferaron contra la santidad del pensamiento y la conciencia, maldiciendo de la filosofía y la aplicación de sus racionales principios.

Antes de la revolución de 1868, la Monarquía de Isabel II, de Narváez y González Bravo, del Padre Claret y Sor Patrocinio, del Rey consorte y de su especial camarilla, tenía reducida la religión á una mentira convencional, mientras prevalecían en Palacio y en las clases adineradas, enriquecidas con las cábalas de la política infame de negocios políticos, las más depravadas costumbres, los más asquerosos procederres.

En medio de aquel mefítico ambiente de falsedad, sólo una cosa se conservaba con pudoroso respeto: la más ruin y miserable hipocresía. El que estuviera en la cumbre, fuera quien fuese, llamárase como quiera, tenía asegurado el título de la primacía social. La consideración le acompañaría por doquiera.

Entre esta clase de personas hallábase don Francisco Mateos Gago y Fernández, catedrático de Teología en la universidad literaria de Sevilla. Había quedado huérfano de padre al cumplir seis años en 1834. Desde que contaba tres años se le dedicó á las faenas del campo. El licenciado don Juan J. Fernández y Borrego, médico titular de la villa de Grazalema, favoreció á Francisco como á sus demás hermanos.

Recibió Francisco su educación y principios en filosofía de un respetable pariente suyo, que había sido monje y último abad del monasterio de San Benito de Sevilla. Como discípulo y sobrino del difunto, dedica muy afectuosos recuerdos á su memoria. «Aquel monje (dice el agradecido don Francisco Mateos Gago) sin más tesoro que los de sus virtudes, ni más renta que la señalada á un exclaustrodo, CINCO REALES de mal pagada pensión diaria, supo, sin contraer jamás deuda

alguna, costear tres carreras literarias á otros tantos huérfanos. Uno de ellos murió joven; los otros dos hemos llegado hasta la alta investidura del profesorado universitario, mediante oposición.»

Este sacerdote no pudo comprender nunca lo que significaba para la sociedad moderna la difusión y el exacto conocimiento de los sistemas filosóficos. Creía él, como de la escuela obcecada del *Filósofo rancio*, que todo aquello no servía para nada; y propuesto á demostrarlo, leyó un discurso el 1.º de Octubre de 1870 sobre el Paganismo y la Teología, lleno de impertinentes lugares comunes. Habló, sin embargo, aquel día con cierto esmero, por verificarse la solemne apertura de Estudios en la universidad literaria de Sevilla. Después de despacharse á su gusto ponderando las sublimidades de la Teología, que tanto sirvió para creer en los ensueños escolásticos, no pudo contenerse al final, y temiendo no decir cuanto deseaba, pronunció párrafos que rebosaban jactancia y soberbia.

«Los oráculos pretenciosos de la Escuela aturden al mundo para que se admiren sus nuevas doctrinas, desconocidas de los pasados siglos, y reservadas para estos tiempos, en que progresando la Razón, casi ha llegado á su virilidad perfecta; y, sin embargo, no hay cosa más rancia que sus teorías, y estamos seguros de que sin los sistemas de los pueblos orientales y su desarrollo en las escuelas de Alejandría, no figurarían en la filosofía moderna más de cuatro nombres de los maestros más ilustres.

¿Qué sería, por ejemplo, del Panteísmo subjetivo de Fichte sin la actividad del *yo* de quien el Budhismo deriva todo conocimiento? *La sustancia esencialmente causa* de Mr. Victor Cousin, ¿no es aquel antiguo Bramh que mientras duerme en la sustancia primera, infinita, indeterminada y unidad pura no ha dado á Hegel su *idea pura* y á Schelling su *indiferencia absoluta*? Que se comparen muchos capítulos de la gran blasfemia de Strauss (su vida de Jesús) con la contemplación del Rabino Filón, y asombrará la vergüenza con que se roban al judío alejandrino las ideas, los pensamientos, hasta las frases palabra por palabra.

Desgraciadamente es preciso confesar que los últimos tiempos han sido calamitosos para los estudios teológicos; por eso ha podido medrar el Panteísmo, y por eso vemos á nuestro siglo tan pequeño en medio de su grandeza, revolviéndose fatalmente en un materialismo pagano, que le impide llegar, á pesar de nobles



Fray Diego de Cádiz.

y muy laudables esfuerzos, al punto que le destinó la Providencia. Vendrán otras generaciones, y alcanzarán la herencia que hemos despreciado. Entretanto abrigamos la íntima convicción de que la Teología volverá á salvar al mundo como en todas las grandes épocas.

Que el Gobierno de S. M. proteja los estudios teológicos en los Seminarios y en las Universidades; que resucite el grande espíritu de la Escuela Teológica de España, y pronto serán curados los males de nuestro pueblo, porque Dios volverá á ocupar su santuario en el corazón del hombre.

Sabios Profesores de esta Escuela; si el sacerdocio de la ciencia fué siempre santo por su objeto como terrible por su responsabilidad, jamás lo fué tanto como en las presentes circunstancias, en que vuestros esfuerzos han de contribuir á la reconstrucción del mundo moral por el triunfo de la verdad. Nunca olvidareis las obligaciones que os impone el Magisterio, para con Dios, con la Patria y con la familia, que os encomienda sus más caras esperanzas.

Y vosotros, jóvenes alumnos, acudid al llamamiento de la ciencia. Hoy os abre las puertas de su Templo; saciad en sus fuentes purísimas vuestras almas sedientas de gloria. Tened presente que la *Sabiduría consiste en el temor de Dios, y la inteligencia en separarse del mal*. Concluyo deseando que grabéis en vuestros corazones las siguientes palabras de un teólogo, que á sus cualidades de santo y sabio, reunió la de haber sido en su tiempo de la Europa el oráculo de toda su ciencia. «Muchos (decía) desean saber sólo por saber; esto es una curiosidad torpe. Otros desean saber por hacerse visibles; esta es una ridícula vanidad.» ¡Qué desatinos!

Satisfecho hubo de quedar de su atrevimiento teológico contra los trabajos científicos modernos, cuando el mismo impetuoso doctor segundó con otro brebaje académico suyo para mortificación de las personas estudiosas.

El 14 de Enero de 1866, que fué cuando se celebró aquel año la apertura del curso de 65 á 66 en la universidad literaria de Sevilla, por haber afligido el cólera morbo á la capital andaluza durante el verano y otoño del 65, estuvo encargado del discurso inaugural el doctor Mateos Gago, decano de la Facultad de Teología.

Nada tan convincente de su falta de circunspección como esta advertencia que el mismo sacerdote mandó estampar como preliminar de su discurso. Decía, pues, el señor Gago:

«Al concluir el pasado curso de 1864 á 65 hizo su recepción solemne en el claustro de Catedráticos de esta escuela el joven krausista D. Federico de Castro, catedrático de Metafísica. En el discurso que leyó, según la prescripción del Reglamento y que tuvo por objeto la biografía de un Médico, filósofo valenciano, hubo de olvidar el catedrático su situación especial, y en vez de captarse la benevolencia de sus compañeros de Claustro, que parece debía ser el empeño principal del que por primera vez se presentaba como miembro de una corporación científica, el Sr. Castro entró á tambor batiente leyendo una calurosa invectiva contra la Facultad de Teología, que se encontraba presidida por el Decano que suscribe.

El Sr. Castro, remontándose á la altura trascendental de cualquier literato callejero, nos habló de la *Inquisición y sus horrores, de Felipe 2.º y la previa censura que mató el pensamiento*, etc., y refiriéndose al Renacimiento, entre otras frases huecas, que él mismo aplaudía volviendo la cara á sus discípulos agrupados junto á la cátedra, y cambiando con ellos risas y miradas de satisfacción, dijo las siguientes: «¿Qué hizo la Teología en España? Fundar hospitales para mantener la holganza.»

Otra Facultad, en frases del mismo señor Gago, hubiera formulado en el acto una protesta contra la palabrería *insultante* con que el joven *sofista* faltaba no sólo á la verdad histórica, sino hasta á *las consideraciones que obligan á cualquier hombre en buena sociedad*; pero la Teología, enemiga de escándalos, se contentó por entonces con la refutación que, en vez de elogios al señor Castro le hizo su compañero el señor Fernández Espino, encargado de la contestación, y con la marcada repulsa que sufrieron las palabras del nuevo catedrático, no sólo por parte del Claustro, sino del público todo, con excepción de la *comisión de aplausos*, «compuesta [de media docena de estudiantes de esos que jamás pudieron aprender ninguna asignatura, hasta que, en la dirección del nuevo profesor, encontraron sus privilegiadas cabezas *PASTO natural y abundante en la ya FAMOSA CIENCIA ALFMANA.*»

No contento todavía el señor Gago con tan inaceptables insultos personales, se atrevió á proferir las siguientes diatribas para defender á su amada diosa la Teología:

El Rector «comunicó á la Facultad de teología que le tocaba el turno para el discurso inaugural, y como los pocos catedráticos estuvieran imposibilitados por ocupaciones especiales, el Decano que había pronunciado el discurso en el turno anterior, se encargó también en éste, *sin más objeto que tener la satisfacción de contestar al Sr. Castro en su misma presencia, en la misma cátedra, y casi ante el mismo auditorio.*»

Hago estas advertencias (dice enfáticamente después) para que el lector, comprendiendo mi situación en aquella solemnidad literaria, pueda entender fácilmente algunas frases y alusiones del discurso que lei, *no según yo lo había escrito, sino según me lo permitió la censura que destrozó en muchas partes el original: yo siento no poderlo exhibir al público según lo trabajé en un principio, por haberlo extraviado uno de los muchos curiosos que entonces quisieron leerlo.*

De reglamento es que se impriman por la Universidad los discursos originales: yo no pude conseguir que se imprimiese el mío, á pesar de haber reclamado más de una vez mi derecho, y aun se me impidió el que lo publicase por mi cuenta. Sin duda el Rector quería librarme del compromiso de que me *lo reputaran página por página*, ó acaso evitar un escándalo entre profesores de la Universidad.

Hoy (10 de Septiembre de 1869) han cesado aquellos inconvenientes. La reputación no la he tenido nunca, antes bien la he deseado, dispuesto como estoy siempre á defender mis doctrinas; y en cuanto al *escándalo*, si se promoviere, no

sería ya cuestión universitaria. Porque vino sobre España la *gloriosa* de Septiembre que actualmente impera, traída por el Sr. Castro y sus amigos, que tantas consideraciones debían al respetable Sr. Rector Don Antonio Martín Villa, y desde su primer día se cumplieron puntualmente las predicciones que hacía yo al señor Rector en 1866.

El Sr. Villa fué lanzado de la Universidad en que había consumido su laboriosa vida y quedó cesante, á pesar de sus muchos y buenos servicios; yo también quedé fuera de aquella casa fundada por la Teología, porque la misma *gloriosa* suprimió, como era natural, los estudios Teológicos, *rémora perpetua de la hinchada mentira germánica*, y en cuanto al Sr. Castro, individuo que fué de la Junta revolucionaria de Sevilla, mimado por la Revolución, que lo hizo contra ley Decano de la Facultad de Letras, en la que ocupaba el penúltimo lugar en el orden de antigüedad, tiene en esta fecha, cambiada su Cátedra por un alto puesto con pingüe renta en el Ministerio de Ultramar. Me creo, pues, completamente libre y desligado de toda consideración personal que pudiera obligarme á mantener por más tiempo inédito el siguiente Discurso que ofrezco al público.»

Es inexacto que el señor Gago, y menos el señor Villa, fueran separados por sus opiniones intransigentes en cuestiones religiosas. Lo fueron por razones de alta conveniencia científica, porque se adquirió el convencimiento de que aquellos elementos reaccionarios no cesarían hasta conseguir por medios ilícitos sus perversos propósitos de separar á los discípulos del respeto debido á los profesores, contra quienes se proponían abanderizarlos, sistema reprobado en toda universidad, y más en período tan perturbador como el que se atravesaba.

El discurso del señor Gago no sirvió para aclarar ningún punto de los sometidos á discusión por la filosofía moderna. «La Teología—son sus palabras—es la ciencia del Catolicismo, y se la desprestigia, porque el Catolicismo no puede ser atacado todavía sino por la espalda. Si algún día se le puede atacar de frente, ya veréis entre sus primeros y más encarnizados enemigos á esos hipócritas que, llamándose cristianos y aún católicos para engañar al pueblo ignorante, se entretienen en burlarse de la escolástica.» Esta impertinente ligereza corre pareja con estotra: «¿qué hizo el racionalismo por las ciencias en el Renacimiento?... La misericordia del Señor nos libró por entonces de ese monstruo, y los Reyes Católicos y D. Carlos V y D. Felipe II sobre todos, *lograron su empeño de que el racionalismo no estorbara en nuestra patria el gran progreso de la civilización católica*»...

¡Tanto hablar contra los filósofos krausistas, pues denigran á Felipe II y la Inquisición porque mataron los adelantos científicos en España, y al fin se confiesa que eso se hizo para que *no estorbara en España el gran progreso de la civilización católica*, tan menguada conquista, que nadie ha podido ver ni descubrir!... La civilización católica ¿consintió entonces en concluir con todos los progresos científicos en España, en hacer desaparecer á la poderosa nación española en las inacabables guerras religiosas sólo por sostener mentiras y leyendas?... Luego

la recta filosofía abomina de tan miserables procedimientos y de los déspotas y necios que tales maldades idearon y cometieron. Con razón maldicen su memoria.

La juventud que se educaba en las universidades prefería los estudios modernos á los antiguos. Era contrario á la verdad que siguieran predominando los sistemas caducos. La ciencia ofrecía magistrales enseñanzas, que hacían desconfiar de las afirmaciones rotundas de los Maestros. Los tiempos pasados se desacreditaban por raciocinios y argumentos indestructibles. Era absolutamente imposible rehabilitar lo desacreditado, lo que se fundaba en la sinrazón, en el sueño, en las leyendas inaceptables.

Jóvenes de talento, educados por profesores racionalistas, difundieron por toda la nación las nociones salvadoras de la moderna filosofía. A los antiguos desacreditados oráculos del saber, substituyéronlos en las cátedras personas inteligentes y aptas para la enseñanza pública, con suficiencia demostrada en ejercicios brillantes de oposición, que presagiaban felices resultados para la ciencia.

Uno de aquellos ilustres representantes de la nueva dirección de los estudios fué el sabio discípulo de la universidad sevillana, don Romualdo Alvarez Espino, que obtuvo por oposición la cátedra de elementos de *Antropología Psicológica* en el Instituto de segunda enseñanza de Cádiz.

Don Romualdo descolló en la capital andaluza, con gran justicia, por sus méritos excepcionales. Era escritor de tan generales y profundos conocimientos, que producía admiración la superioridad, ya crítica, ya puramente filosófica con que trataba todas las cuestiones. Era profesor queridísimo de sus discípulos. En 1873 publicó una obra de enseñanza verdaderamente magistral. No dominaban en ella las locuciones escolásticas, autorizadas todavía en las retrasadas producciones mal llamadas filosóficas de don Juan Manuel Orti y Lara.

¡Qué texto más seductor, claro y científico el ordenado para el estudio de las materias antropológicas y de psicología por el docto catedrático gaditano!

Si en la sección dedicada á la literatura en la HISTORIA DEL SIGLO XIX hemos hablado, aunque no con toda la extensión debida, de los prodigiosos méritos que enaltecían á aquel insigne publicista, justo es que no olvidemos las magníficas disposiciones que atesoraba para la concepción filosófica, en la que dejó trabajos de significación singular que deben ser tenidos en cuenta.

La introducción á su libro basta para considerarla como perito y aventajado expositor de las más culminantes y delicadas cuestiones. Su hermoso y natural estilo le hace más aceptable como filósofo.

«La palabra Antropología (dice) ha recibido diferentes significados. Quiénes la han entendido como el estudio del hombre considerado individualmente y bajo el aspecto intelectual y moral, y le han dado por tanto una dirección puramente psicológica; quiénes, por el contrario, la consagran al examen del individuo humano, pero en su concepto anatómico, físico y patológico, y la inclinan del lado de la Historia natural.

Creemos que, en efecto, la Antropología hállese colocada en la serie de las ciencias descriptivas, entre la Geología y la Historia, sirviendo de coronamiento á las ciencias naturales y de introducción á las históricas. En tal concepto, entre los dos sentidos de *Antropología fisiológica* y *Antropología psicológica*, hemos escogido esta última, teniendo en cuenta, más bien que el punto de donde viene, aquel otro á que se encamina; y sin olvidar que esta ciencia ha de tratar del hombre entero y abarcar por tanto el estudio de su doble organismo corporal y espiritual, nos hemos fijado en aquella parte de la vida fisiológica que se enlaza con la anímica, y abandonando aquella otra que se refiere más á la parte animal que á la humana.

Luego hemos dado gran preferencia al estudio del espíritu, porque, no sólo en él se encuentran los fundamentos de la racionalidad, de la personalidad y de la dignidad humana, que son los puntos por donde la Antropología penetra en las ciencias positivas y morales que la sirven de complemento, sino que también hemos creído interpretar de este modo con mayor acierto el propósito del legislador, que, al substituir la ciencia Psicológica por la Antropología, parece indicar claramente el deseo de que se dé á ésta última, en cuanto es posible, el sentido de aquélla.

Esta breve explicación sirve de razón al título de nuestro libro, en el cual pudiera ser definida la Antropología como ciencia del hombre, considerado bajo el doble concepto de ser físico y moral en su organización personal, como fundamento de la economía moral de la humanidad.»

El señor Alvarez Espino escribe muchas excelentes páginas acerca de la Filosofía en general y de la utilidad é importancia de su estudio, y trata cuanto se refiere á las relaciones del hombre con los demás seres, al origen de la humanidad, á la clasificación de las razas humanas, sus analogías y diferencias anatómicas y fisiológicas, las leyes que presiden al sostenimiento ó alteración de sus varios caracteres, y el progreso, en fin, lento y penoso que ha seguido el hombre como especie ó género desde los tiempos prehistóricos á las edades históricas, problemas todos que caben dentro del vasto recinto de esta ciencia, algunos muy bien indicados, otros que no creyó conveniente tocarlos en los modestos límites de un libro elemental.

«Por lo que hace al origen de esta ciencia (hizo observar) tomada en la acepción de la Historia natural humana, es estudio de ayer: podemos señalarle en el siglo pasado. Y no porque el hombre haya sido inclinado á estudiar todas las cosas antes que volver la vista sobre sí, porque hace largo tiempo que la religión, la medicina, la moral, la política y la filosofía, en fin, han conducido al hombre á ocuparse de su propia naturaleza, poniéndose como objeto de sus mismas investigaciones; sino por una razón de dependencia, que coloca delante de esta ciencia otras varias que le sirven de base ó de razón de método. Era preciso esperar á que estuviesen formados los conocimientos geográficos y biológicos en que se apoya la Antropología, los zoológicos que la acompañan, y los paleontológicos,

arqueológicos y lingüísticos que le sirven de medios para sus investigaciones: circunstancias todas que habían de venir á confirmar ó contradecir los datos y soluciones de las diversas teogonías, para ajustarse, en fin, á las enseñanzas de la verdadera filosofía teológica.

Condensa sus ideas don Romualdo en el siguiente párrafo:

«Ya Linneo coloca al hombre en un lugar en su clasificación zoológica; ya Buffón en el mismo siglo XVIII, recoge los hechos esparcidos en los libros de viajeros, geógrafos y naturalistas, y los compara, comprueba, corrige, completa y explica en su obra maestra intitulada *Historia natural del hombre*. Más tarde Blumenbach llega á la determinación clara y precisa de las razas humanas, estableciendo, por medio de la craneología, divisiones metódicas enriquecidas con una nomenclatura. Faltaba luego determinar las influencias del medio, del alimento, del género de vida, de la educación física, intelectual y moral, individual y social de los grupos, y averiguar los límites en que se encierran; subir luego las series de los tiempos y preguntar á los monumentos, á la historia, á las tradiciones y á los idiomas, para hallar las trazas de las emigraciones y mezclas de los pueblos, y las pruebas de su filiación, y esto es lo que han hecho Prichard en Inglaterra, William Edwards en Francia, y los sabios filósofos naturalistas en todas las demás naciones.»

Sirvieron de base á la obra de Alvarez Espino los trabajos y tratados de Antropología que respondían mejor al estado actual de esta ciencia y que el autor español enumera: la *Antropología práctica*, de Kant (1798); *Los principios de Antropología*, de Joannis (1860); la *Antropología especulativa general*, de G. Tissot (1843); el *Sumario de Antropología psicológica*, de Ubaghs (1849); el *Ensayo de Psicología fisiológica*, de Chandel (1839); el *Tratado de Filosofía psico-fisiológica*, de Massias (1830); el *Ensayo sobre el estudio del hombre bajo el doble aspecto de la vida animal y de la vida intelectual*, de Dufour (Ph.) (1833); otro *Ensayo sobre las bases ontológicas de la ciencia del hombre y sobre el método que conviene al estudio de la Fisiología humana*, de Garreau (1846), y muchas otras.

El trabajo filosófico que más realiza al señor Alvarez Espino es el discurso que pronunció en la sesión solemne celebrada en la Real Academia de Ciencias y Letras de Cádiz el 27 de Mayo de 1877; discurso de alcance científico, que es un análisis concienzudo, en el que se hacen afirmaciones convincentes de acuerdo con los adelantos modernos.

El discurso del nuevo académico versaba sobre la influencia del Cristianismo en la sociedad. Había sido elegido el 15 de Octubre de 1876. Llamábase don José María Fernández de Cires y era uno de los letrados más distinguidos de España.

En los penúltimos párrafos del discurso decía: «A medida que aquella generación (el paganismo) era sustituida por otra, propagábase el Cristianismo regenerando la sociedad que, ávida de fe, se asió á él como tabla de salvación, que pudiera librarla del inevitable naufragio á donde la conducían sus propios crímenes.»

Al estudiar aquel estado social, instintivamente y sin poderlo evitar, ocurre la siguiente pregunta: El estado actual de nuestra civilización, ¿no es parecido, casi igual, al del mundo antiguo, cuando apareció el Cristianismo? »

La contestación del sabio secretario de la Academia fué de tonos amargos, completamente pesimista.

«La voz del Cristo (dijo), á la que debo ceñirme dejando á un lado la influencia que ejerció en Europa la raza germánica, la palabra redentora, no sólo abrió á la conciencia humana nuevas y anchurosas vías por donde marchase en lo sucesivo, sino que lanzó al rostro de la civilización pagana la tremenda acusación de sus errores y de sus vicios. La humanidad se indignó por tamaña osadía y dió muerte cruel al Cristo; pero retrocedió después avergonzada ante los profundos ecos que levantaba del Austro al Septentrión y del Asia á la Europa, la voz clamadora del Apostolado valeroso.

Y los vicios huyeron de la superficie y abandonaron las instituciones públicas; cayeron de las leyes como esas hojas que arranca el huracán y fueron ahuyentados de las prácticas y costumbres populares, como esas bandadas de negras alimañas á quienes espanta la luz encendida de improviso tras los derruidos muros de la torre feudal ó bajo la alta techumbre del viejo monasterio.

La Filosofía, el Derecho, el Arte, la Sociedad, se depuraron; nuevas ideas vinieron á determinar nuevas direcciones en el entender y el sentir, en el resolver y en el ejecutar de sabios y legisladores, artistas y ciudadanos. La familia, el municipio y la nacionalidad, se dignificaron y enaltecieron; y nuevas inspiraciones enseñaron y defendieron la igualdad, la justicia y la libertad por todas partes: el comercio, las industrias, las asociaciones, la escuela, las costumbres, todo cuanto tiene una realización ostensible y pública, se embelleció y ensalzó al contacto de ese espíritu vivificador del Evangelio y de ese poder regenerador de la verdad eterna.

El filosofismo pagano en balde lucha contra las nuevas ideas: la doctrina cristiana entraña las cuestiones más interesantes para el espíritu humano, y sus soluciones se ofrecen llenas de utilidad inmediata y de esperanzas de ultratumba. En vano el tradicionalismo idólatra se esfuerza por retener el imperio de las conciencias; nada hay que contenga el impulso dado ni ataje el progreso emprendido; sobre las ruinas de las viejas creencias, la Filosofía asienta los cimientos de la nueva ciencia coronada por la fe, antorcha del Porvenir. Inútilmente los filósofos griegos se afanan por resucitar el cadáver de una religión ya muerta; el Cristianismo procura á sus apóstoles medios más acertados y magníficos para satisfacer las necesidades sociales y recursos más fáciles y poderosos para acallar la incitante voz del espíritu individual y privado. Impotente el politeísmo, con sus gastados incentivos y sus groseros argumentos, para retener más tiempo en sus extravagantes y vergonzosas redes al espíritu humano, pierde el señorío de las inteligencias, cae del trono de la sensualidad y muere. Una verdad más cierta, una moral más pura, una ciencia más rica, invaden el campo de la Filosofía, fe-

cundan el reinado de la razón cristiana y preparan el molde en que han de modelarse las constituciones políticas de las futuras sociedades.

Otra idea, en fin, viene desde el fondo de la religión cristiana á extenderse sobre el mundo moderno (añade el orador), la idea de la perfectibilidad humana, razón de esa eterna ley del progreso moral de los pueblos.

Cuando se creía que nada había que esperar de nuevo en los horizontes de la vida, cuando se estaba convencido de que la libertad humana era á semejanza de la movilidad invariable de los astros, cuando existía la persuasión de que los vicios y las virtudes eran regidos por ley idéntica á la que marca la sucesión de las noches y los días, cuando se aseguraba que los crímenes y las moralidades turnaban por inflexible línea, como el curso de las estaciones, hablar de un movimiento circulatorio, trazarnos la línea recta sin fin, explicarnos el infinito, despertar mal sofocadas aspiraciones del alma á lo inmortal y eterno, á lo indefectiblemente perfectible, á lo ilimitadamente reformable, era, en efecto, el mayor, el más osado de los progresos.

Y el Cristianismo (continúa diciendo) era la prueba misma de tal enseñanza, apenas se le comparaba con la sociedad pagana; y si no lo hubiera sido, de la lucha que venía á entablar contra el mundo antiguo el progreso debía resultar, y ha resultado.

Ahora bien; con tales antecedentes ¿podemos suponer que el estado de nuestra sociedad actual es el mismo que el de la vieja humanidad cuando apareció Jesucristo? A pesar del cuadro que ligerísimamente acabamos de bosquejar, la respuesta no puede ser terminante; porque si la sociedad ha ganado tanto, si el orden exterior y público cuenta con tan numerosos y eficaces elementos, ¿quiere esto decir que ya no hay vicios? ¿Dónde están los errores, dónde las vacilaciones de la virtud imperfecta, y las enormidades de la injusticia, y las pequeñeces de la limitación humana, y los horrores de la tiranía, y los estruendos de la ira, y las hidrofobias de la envidia, y las hambres insaciables de la codicia?

No han cesado, en verdad; raro es hallarlas en libros y códigos, en discursos é instituciones, en costumbres y prácticas generales y ostensibles; pero fijad la vista, ahondad con ella y veréis esos males ocultos en la conciencia individual, como insectos que invernan en sus nidos esperando el rayo de ese sol abrasador del egoísmo y del interés, para mostrarse en todas partes y herir sin compasión.

La sociedad se ha hecho hipócrita; enseña el bien y aun le profesa á la luz del día; pero practica el mal en las sombras, y hasta se atreve á exteriorizarlo, siempre que espera un triunfo á precio del escándalo. La sociedad posee el respeto á la virtud en épocas normales; pero en casos extraordinarios, tiene toda la osadía del error y todo el espantoso valor del vicio. El género humano ha empujado por comprender la necesidad de aparecer bueno; falta que sienta el deseo de llegarlo á ser realmente: la humanidad no discute sobre las excelencias de ciertas cosas que bullen en sus labios y que procura ostentar en su faz; pero aún está persuadida de la perfecta inutilidad de ellas para ciertos fines y de

la maravillosa aplicación de sus contrarias para determinados propósitos.»

Alvarez Espino dice que si se juzga á un Estado moderno por sus leyes, por sus progresos políticos, por el parlamentarismo de sus gobiernos, por los discursos de sus prohombres, por sus costumbres públicas, por sus actos oficiales, por sus manifestaciones exteriores, en fin, hasta por su periodismo; le hallaréis admirable, digno, magnífico, casi intachable. «Pero apartad todo esto (añade, con evidente desconsuelo), hundid la mano en las conciencias, buscad allí los hilos de este movimiento, los resortes de esta conducta, los secretos de la intención, los fines de la vida mundana, y temblad al retirar la mano, porque es seguro que la sacaréis manchada. El cieno está en el fondo; no enturbia, pero envenena la corriente; no se ve á través del cristal tranquilo; pero sube si se le revuelve y sobre todo mata si se filtra en nuestro cuerpo.»

Tal examen de la sociedad en tiempo del filósofo, le hace incrédulo respecto de los bienes que se atribuyen al mejoramiento social traído á los pueblos por el Catolicismo. «Hay progreso—son sus afirmaciones—en cuanto á que el mal no se ostenta ni se defiende en público, sino que se ha retirado al fondo de los corazones donde tiene sus trincheras; mas no le hay, estable al menos, puesto que aquél nos acecha sin descanso y es una amenaza constante.»

Después, con prodigiosa intuición de filósofo, dice y sostiene verdades que esclarecen altamente la inteligencia acerca de las interminables contiendas entre la ciencia y la fe. Pregunta si habrá que acusar de imprudencia al Cristianismo, y aun contestando negativamente, afirma sin embargo que el Cristianismo fundó su obra de progreso sobre la fe, y que no] obstante el rigor de ésta, SU OBRA EN MUCHAS PARTES HA PASADO EN RUINAS; que como huellas de su paso nos han legado la idea de Dios y el temor de un] juicio eterno, escritos en nuestras frentes con los rasgos de esas virtudes sociales impuestas por aquella doctrina y aceptadas por la creencia; PERO ES] PRECISO LLEGAR OTRA VEZ Á LA CONCIENCIA PARA LEVANTAR ALLÍ OTRA OBRA ANÁLOGA Á LA DE LA VIDA SOCIAL; Y Á LA CONCIENCIA, MUERTA LA FE, NO PUEDE LLEGARSE NATURALMENTE MÁS QUE POR LAS VÍAS DE LA CIENCIA.

Creía, pues, el moderno propagador de la filosofía científica en España, que la alianza de la religión y la ciencia era en el siglo XIX el único modo de curar las irregularidades que aún existían en la vida pública y de asegurar el reinado de la moral en el corazón del individuo, y el de la justicia en el seno de las sociedades.

La nueva religión había de inspirarse en la Ciencia. ¡Con cuánta elocuencia expone sus conclusiones!

«Creo que el siglo actual (dice)] no admitiría reforma ni predicción alguna, apoyada principalmente en el milagro; y que para repetirse el maravilloso efecto de la encarnación y predicación del Verbo, menester era empezar por el prodigio de la resurrección de la fe, muerta en tantas conciencias.

En otras épocas, si no de mayor sencillez, de más franca credulidad, quizás

de no tener aguda reflexión, pero seguramente de más amor á lo sobrenatural, el milagro era poderoso dardo para clavar en el corazón las creencias que habian de ilustrar la mente y nutrir la voluntad; pero en los tiempos modernos, debilitado el sentimentalismo general á los golpes de la dolorosa experiencia del mal y amortiguado el espíritu religioso bajo el peso de una inteligencia soberbia, corrompida con las aberraciones de los siglos y decidida á someter á un examen, que juzga vigoroso y matemático, las teorías más seductoras y las hipótesis más poéticas, no es el prodigio de demostración más conveniente de una enseñanza ni la fe individual el competente tribunal de apelación de la verdad que se predica.

Afortunadamente no necesitaría el Cristo bajar á la tierra (donde seguramente volverían á crucificarle en nombre de la misma santidad de su doctrina) para restaurar la moral en las conciencias de los hombres; la raza de los judíos no se ha extinguido por desgracia, ni la cruel Sinagoga ha perdido su saña contra la virtud y el genio; mas hay otro medio de regeneración más natural, y más adecuado y eficaz al parecer, con relación á los tiempos: la verdadera ciencia. PREGÓNASE LA RAZÓN, EL CRISTO MODERNO; LA CIENCIA, EL EVANGELIO DEL SIGLO XIX; EL LIBRO, EL SINÁI DE LA HUMANIDAD PRESENTE: LA CÁTEDRA, EL GÓLGOTA DE LA ACTUALIDAD Y LOS SABIOS, EL APOSTOLADO QUE TAL VEZ SE PREPARA PARA LA NUEVA REDENCIÓN.

¿Es esto quitar al Cielo sus derechos — pregunta el filósofo — de gobernar la tierra? ¿Significa siquiera el desconocimiento de la eficacia de la acción y de la necesidad é importancia de su providencia? No... Mas la razón, destello en sí mismo de la Divinidad, es el Verbo humano, y no puede la ciencia ser desdeñada como instrumento en el plan del Verbo divino; antes bien, parece ser un recurso que se halla dentro del pensamiento de Dios, y una vía paralela á la de la fe, su antigua compañera.»

«La razón, tocada por el dedo de Dios (escribe Alvarez Espino), no puede sino engendrar una ciencia sana: el entendimiento humano, enaltecido y santificado por la misma grandeza y excelencia de los destinos que se la encomiendan, no puede menos de conducir á la regeneración de la humanidad. ¿Acaso no fué ayer dócilmente crédula la ciencia por apoyarse en la fe? ¿Por qué, pues, no ha de poder ser hoy la fe racionalmente sólida por apoyarse también en la ciencia? Ciertamente que entra en el humano saber el antojo vehemente de analizarlo y discutirlo todo; pero ¿qué dificultad hay, sin que se admitan por eso dudas en la fe, en permitirle que discuta y analice las credenciales de la doctrina revelada, si al fin ha de resultar la racionalidad de su existencia, la necesidad de su ejercicio y la utilidad de su intervención en el fondo de la sabiduría y entre las reglas de nuestra conducta?»

Los penúltimos párrafos del magnífico discurso filosófico del sabio profesor del Instituto de Cádiz sintetizan su pensamiento en la siguiente forma, tan académica como de profunda trascendencia:

«Que de la investigación científica resultan errores é impiedades: ¿y acaso la fe pudo impedir los cismas y heregias? Que la Filosofía produce escépticos y materialistas: ¿y por ventura el Evangelio purgó por completo al mundo de apóstatas y fanáticos? Que la discusión precipita en el error: ¿y las imposiciones no conducen en muchos casos á la duda?

Observad como la ciencia y la fe han tenido sus héroes y sus tiranos: los héroes de la ciencia se llaman *genios*; los de la fe, *santos*; los que esclavizan á la razón se llaman *déspotas* y los que tiranizan á la fe, *verdugos*. Ciencia y virtud llevan al martirio; pero ciencia y virtud redimen de la tiranía.

La ciencia es una religión, como guarda ésta una ciencia: SU ENLACE REVELA LA ARMONÍA DE LA RAZÓN Y DE LA FE; SÓLO QUE UNAS VECES HA MARCHADO POR EL MUNDO MORAL LA FE DELANTE Y LA RAZÓN DETRÁS, Y OTRAS PODRÁ PRECEDER Á LA LUZ DE LA FE LA ANTORCHA DE LA RAZÓN. Mas sea como quiera, sólo ellas pueden redimir nuevamente á la humanidad de sus vicios y deformidades del momento: la ilustración depurará las inteligencias y la religiosidad los corazones: aquélla enseñará el deber y ésta además lo tornará amable y apetecible: y no puede dudarse de que lo que se ama porque se entiende, se ama siempre: y de que lo que se entiende bien y se ama con ardor, constantemente se ejecuta.

LA VERDADERA CIENCIA ES, PUES, EL VERBO MODERNO: LOS SABIOS CONSTITUYEN EL SACERDOCIO DE ESTA RELIGIÓN: LA MORAL CRISTIANA EL ETERNO FUNDAMENTO DEL EVANGELIO CIENTÍFICO Y LA ILUSTRACIÓN DE TODOS EL CAMINO DE LA REDENCIÓN UNIVERSAL.»

Obra tan notable, reveladora de tan alta doctrina, no podía por menos de ser criticada con encono y difamada por la Teología. Pero el docto y famoso escritor siguió difundiendo entre sus discípulos las hermosas enseñanzas de su talento razonador, que están en consonancia con los adelantos científicos más admitidos.

Coetáneo á Alvarez Espino fué don Luis Vidart, excelente literato, ateneísta celebrado y difundidor de la filosofía moderna en España. Han quedado algunos escritos suyos que le otorgan señalada significación como polemista y sagaz explorador en indagaciones de singular importancia. Merecen ser leídos sus libros *El panteísmo germano-francés* y *Apuntes críticos sobre las doctrinas filosóficas de Ernesto Renán*, así como sus artículos sobre la *historia de la filosofía en la península ibérica*, y otra colección que tituló *Breves indicaciones sobre el estado actual de la filosofía en España*; trabajos que más tarde se publicaron juntos en un volumen que se rotuló *La Filosofía Española*, que constituye un compendio ó reseña histórica sobre filosofía española desde Séneca hasta nuestros días (1866).

Censuróse en Vidart el propósito de querer hermanar el Catolicismo con las ideas liberales, siguiendo las huellas del obispo de Orleans, monseñor Dupanloup, del Conde de Montalembert y otros varios escritores de su tiempo, que se dolían al observar la profunda división que se establece entre las cosas que eternamente debieran estar unidas: la ley de Cristo y la libertad humana.

Solían decir también sus amigos que el criterio del señor Vidart era en ocasiones vacilante y frecuentemente ecléctico. «Nada de extraño (decía uno de ellos) tendrá que esto sea verdad, pues nos hallamos en una época de vacilación y de duda, y sólo al genio le es dado levantarse por cima de las condiciones históricas de la época en que vive. También se dice que la crítica del señor Vidart es tan benévola, que se convierte en un perpetuo elogio; y así lo confiesa él mismo al finalizar sus *Breves indicaciones sobre el estado actual de la filosofía en España*, diciendo: «que estos artículos podrían llamarse *El laurel de Minerva*, pues se asemejan al *Laurel de Apolo del Fénix* de los ingenios en la profusión de las alabanzas y en la ausencia de las censuras.»

Hablando Vidart en otra obra suya, *Apuntes críticos sobre la Historia literaria de España*, de las faltas de que adolece la magnífica colección de *Autores Españoles*, editada por Rivadeneyra, echa de menos algunos tomos que den completo conocimiento de lo mejor que se ha pensado y publicado en castellano en el orden filosófico. Quisiera una nueva división de los tomos estampados como del género místico, para que se llegase á estudiar mejor y más perfectamente que hasta ahora el desenvolvimiento del misticismo en España; «misticismo (añade) que es á la vez una protesta contra el *naturalismo* del Renacimiento, y un refugio del ingenio español, que en las elevadísimas regiones del idealismo cristiano buscaba la libertad de la fantasía creadora, ya que la del pensamiento reflexivo se hallaba torpemente negada por la intolerancia religiosa del fanatismo inquisitorial.»

Explana después sus ideas sobre el estrecho enlace que tienen entre sí las obras en que se trata de religión, de teología, de filosofía, de moral, de legislación y hasta de literatura en sus fundamentos examinados... y dice:

«Si la filosofía en su más lata acepción es el conocimiento de lo general, permanente y eterno, reducida á su último límite, sólo abrazará el conocimiento del sér, es decir, que sólo la metafísica es filosofía; pero como quiera que el sér, considerado en toda su generalidad, comprende todo lo que ha sido, es y será, de aquí que la metafísica, considerada con esta amplitud, vendría á convertirse en la ciencia única, en la ciencia universal...»

Por las razones que sumariamente hemos apuntado, cuando al escribir de religión, de moral, de arte ó de legislación se ahonda en el conocimiento de la materia, y se buscan los fundamentos generales, permanentes y eternos, ya de nuestras propias ideas, ya de las manifestaciones que han presentado en la historia la religión, la moral, el arte ó la legislación, resulta una filosofía de la religión (teología racional), una filosofía de la moral (ética), una filosofía del arte (estética), ó una filosofía de las leyes (filosofía del derecho, derecho natural).

Filósofos son los místicos españoles de los siglos XVI, XVII y aun algunos del XVIII, que intentaron resolver los más arduos problemas de las fuentes del conocimiento, y de las relaciones entre la verdad absoluta, Dios, y la verdad por el hombre conocida, ya por medio de la revelación, ya por las fuerzas de su inteligencia, movida por el impulso del amor á lo eterno y á lo divino. Filósofos fueron

los tratadistas de derecho natural de la época del Renacimiento, Suárez, Soto, Ayala y Vázquez; y como filósofos, discurrían los teólogos y legistas que tomaron parte en las controversias acerca del derecho de conquista, que tuvieron lugar en los siglos xv y xvi con ocasión del descubrimiento del Nuevo Mundo.»

Y con justísima razón añade: ÍNTIMAMENTE SE RELACIONA CON LA FILOSOFÍA EL MOVIMIENTO DE LOS PROTESTANTES ESPAÑOLES, que procuraron seguir las doctrinas de Lutero y de Calvino, los cuales fueron, por lo general, más lógicos que sus maestros, y por el camino del libre examen llegaron á su natural consecuencia: LA NEGACIÓN DE TODA RELIGIÓN HISTÓRICA, EL RACIONALISMO COMO SUPREMO REGULADOR DE LA VIDA Y DE LA INTELIGENCIA HUMANA.

Hermosas páginas que enaltecen al pensador español ha dejado escritas el señor Vidart.

«Difícil es separar las disquisiciones de la filosofía, que casi siempre llegan á conmover los fundamentos de las religiones históricas, de las afirmaciones dogmáticas de la religión, que casi nunca se hallan de acuerdo con las enseñanzas de la ciencia.

En lucha constante entre la filosofía y la religión, que constituye la ley permanente de la historia intelectual de la humanidad, demuestra la comunidad del objeto que sirve de fundamento á las investigaciones de la filosofía, que siempre se verifican mediante el libre ejercicio de la razón, y á los dogmas de las religiones, que siempre se apoyan en la fe obediente á los preceptos de sacerdocios más ó menos infalibles.

Los teólogos escolásticos y los grandes escritores místicos de los siglos xvi, xvii y xviii representan la dirección católica del pensamiento nacional; pero en frente de esta dirección existe también la protesta anticatólica. Y si la intolerancia inquisitorial había conseguido borrar hasta el recuerdo de los pensadores heterodoxos que han florecido en nuestra patria, desde el Renacimiento hasta principios del siglo xix, hoy, gracias á los esfuerzos de un erudito, tan sabio como modesto, D. Luis Uscoz y Río, los trabajos de los protestantes españoles son concidos y apreciados en toda la culta Europa. También en España comienza ya á saberse que las doctrinas luteranas alcanzaron, durante el siglo xvi, en Valladolid y en Sevilla, doctos propagandistas; y que, para atajar su progresivo desenvolvimiento, fué preciso recurrir á las hogueras inquisitoriales; medio en verdad poco caritativo; pero que por el momento parece que contribuyó poderosamente á que no desapareciera en nuestra patria la *unidad católica*, que, según dicen los ultramontanos, es el más glorioso timbre de nuestra historia nacional.

Nosotros (replica con sobrada razón el filósofo) nos permitimos afirmar que la *unidad voluntaria* en religión es el mayor de los bienes á que puede aspirar la sociedad humana; y que la *unidad de religión*, apoyada en la fuerza, la *unidad forzosa* de religión, es el mayor de los absurdos que se han intentado realizar en algunas desventuradas naciones, que al negar la libertad de la conciencia reli-

giosa, han destruído en su origen toda religión, y hasta todo sentimiento verdaderamente religioso.

La historia intelectual de nuestra patria es un claro ejemplo de la verdad que acabamos de afirmar. En España existió de *hecho* la libertad religiosa desde el siglo v, es decir, desde el comienzo de nuestra nacionalidad histórica hasta el establecimiento de la Inquisición, y aún quizá hasta la expulsión de los moriscos; de aquella medida, tan antieconómica como inhumana, llevada á cabo por el menguado valido del menguado Felipe III, por aquel favorito que, al dejar el poder, cubrió su cabeza con el capelo de cardenal de la Iglesia romana para librarla del hacha del verdugo; de aquel duque de Lerma, cuya buena fama ha proclamado la *musa popular*, aludiendo al color del traje cardenalicio, en los tan conocidos versos:

El ladrón más afamado,
Por no morir degollado,
Se vistió de colorado.

Mientras en España existió la libertad religiosa, «claramente se mostraba, como dice el insigne pensador D. Federico de Castro, que no faltó genio para trascendentales especulaciones en un país que, apenas halla lugar en la civilización romana, engendra en Séneca el mayor de los filósofos provinciales, que con San Isidoro prepara y domina toda la ciencia de los siglos medios, que maravilla con Lulio, que con Vives, Huarte y Gómez Pereira, precede á Bacon y á Descartes, que con Foxo Morcillo realiza, al decir de Boivin, la tentativa más feliz de conciliación entre Platón y Aristóteles, esos luminares mayores de la filosofía griega, y con Servet, Santa Teresa y San Juan de la Cruz intenta la más difícil empresa de conciliar el resultado de toda la antigua cultura del neo-platonismo con el cristianismo. Doctos escritores, entre los que se cuenta nada menos que el padre del derecho natural, atribuyen á españoles las bases sobre que siempre se sustentará este linaje de trabajos; y el representante más fiel de nuestra nacionalidad literaria, el ingenio lego, el inmortal Cervantes, colócase entre los reformadores, y recogiendo aquellos extravíos místico-escolásticos, que sólo la opresión perpetuaba, y hoy se quieren resucitar como eficaz remedio, pónelos en la fantasía de su ingenioso hidalgo, exponiéndolos así á la befa y á la irrisión del mundo.»

*
* *

Los que, olvidando hechos de nuestra propia historia literaria y científica, hablan con cierta menospreciadora indiferencia de nuestra pobreza filosófica, no es extraño que dejen de recordar nombres y obras que en ese género de indagaciones merecen justas alabanzas y señalados estudios.

Desde el año de 1851 se puede decir que habían llegado á sazón tan provechosas investigaciones entre los talentos hispanos.

Vidart hablaba, ocupándose en la defectuosa publicación de algunos tomos de

la *Biblioteca de autores españoles* de don Manuel Rivadeneyra, y asentaba como verdad la siguiente conclusión: «nadie podría negar la gran influencia que ha ejercido nuestra nación en la cultura de Europa, á contar desde el siglo v hasta el fin del siglo xvi. San Isidoro y la escuela filosófica de Sevilla, antes de la monarquía visigoda, y el gran Raimundo Lulio en el siglo xiii representan las glorias científicas de la España cristiana de la Edad Media; y al lado, ó mejor dicho, frente á este movimiento de la ciencia ortodoxa se hallan la filosofía árabe y rabínica, altamente representada en las doctrinas de Averroes, Maimónides y Avicibrón, origen, en opinión de algunos renombrados críticos extranjeros, de las más profundas teorías del célebre Benito Espinosa y aun de varias ideas que aún dominan en la moderna filosofía alemana».

Y cita en la época del Renacimiento á Luis Vives, Gómez Pereira, Foxo Morcillo, doña Oliva Sabuco, Huarte y Francisco Sánchez, que se presentan como atrevidos novadores, pero sin traspasar los límites de la ortodoxia católica; añadiendo que nuestros teólogos ponen los fundamentos del derecho natural, y nuestros humanistas entrevén los fundamentos esenciales de la gramática general, necesario preliminar de la filología comparada, cuyo origen constituye también otra gloria científica de la nación española.

Habla después Vidart de la valía que alcanzaron como escritores y pensadores los protestantes españoles del siglo xvi y de los altos merecimientos científicos del ilustre Miguel Servet, sosteniendo que no es posible poner en duda la importancia, la grandísima importancia de la ciencia española durante el período de más de diez siglos, que antes señalamos.

«Verdad es (dice el mismo crítico con tristeza) que al terminar el siglo xvi, termina también la influencia científica que España ejercía en la civilización de Europa, que vale tanto como decir en la civilización del mundo. Y la causa de esto se halla en el fanatismo religioso; pues la decadencia intelectual de nuestra patria coincide exactamente con la unidad católica, fué dada y sostenida por el Tribunal de la Fe, digan lo que quieran fanáticos ultramontanos y eruditos aficionados á cubrir sus paradojas con las galas del ingenio y las gracias de sus elegantes chistes.»

Sostúvose del 78 al 80 una empeñada polémica sobre la mayor ó menor valía de la cultura española y causas de su decadencia. Fueron los sustentantes los señores Salmerón, Azcárate, Núñez de Arce y don Manuel de la Revilla por una parte, y los señores Gumersindo Laverde, Menéndez Pelayo y Valera por otra. El señor Azcárate resumió los debates sustentando con estricta razón lo que sigue: Verdad es que hasta el siglo xvi inclusive ha existido en España un gran movimiento filosófico; pero este movimiento, sin duda alguna, debió interrumpirse durante largo tiempo; porque si así no fuese, ahora no ignoraríamos nuestro pasado científico. «Y, sin embargo, tanto lo ignoramos, que los esfuerzos generosos y patrióticos de los que trabajaban por descubrir lo perdido y reanudar lo interrumpido, pasan para algunos por arranques monomaniacos.» Y pregunta entonces el

señor Azcárate: «¿Cabe una prueba más elocuente de que, no sólo se agotó ó atrofioó nuestra originalidad en este orden, sino que hasta olvidamos lo sabido?»

En opinión muy acertada del crítico y filósofo Vidart, si la *Biblioteca de autores españoles* presentara el cuadro completo de la cultura filosófica de nuestra patria, pondría en punto de evidencia que España «mientras tuvo *de hecho* libertad religiosa, engendró filósofos, pensadores y legistas, que pueden figurar al lado, cuando menos, y en ocasiones, aun delante de sus más afamados coetáneos; y que la intolerancia religiosa ahogó las manifestaciones del ingenio patrio en las elevadas esferas de la filosofía y de la religión, y hasta consiguió borrar el recuerdo de nuestra pasada gloria científica; pues en la ciencia toda gloria representa una verdad, y toda verdad es un progreso; y la suspicacia inquisitorial comprendía bien que la ciencia, y hasta el recuerdo de la ciencia, ponía en peligro el absoluto dominio de la monarquía teocrática, que, con profundo sentido, ha dicho el más docto de los evangelistas: «La verdad os hará libres.»

»Si para defender los horrores de la Inquisición, se quiere sostener que el pueblo español era aún más intolerante que los inquisidores, según ha indicado el señor Valera en un célebre discurso académico, ésto ni quita ni pone á la verdad de la tesis que nosotros hemos expuesto, diciendo, en *general*, que el fanatismo religioso fué la causa fundamental de la decadencia rapidísima que destruyó grandes gérmenes de progreso, que se hallaban latentes en las obras de nuestros filósofos y teólogos de la época del Renacimiento.»

Don Luis Usoz y Río, ilustre propagador de los filósofos protestantes españoles, caballero de gran cultura, hacienda y buen gusto, dedicó lo mejor de su vida á la reimpresión minuciosa y fiel de los más notables escritos que dejaron los reformistas españoles.

Desde 1855 al de 1863 se reprodujo en Madrid con notas y antecedentes bibliográficos y literarios de los más insignes pensadores del protestantismo hispano una magnífica colección de sus obras. Se notaba extremada escasez de ellas y era muy conveniente reproducirlas para enseñanza general y contribuir á la especulación de las personas eruditas que querían estudiar el desarrollo de la inteligencia española cuando autores muy prestigiosos del extranjero publicaban excelentes libros de crítica examinando las opiniones emitidas por algunos compatriotas nuestros que se salvaron de caer durante el siglo xvi en las garras inquisitoriales, ó por morir en ajeno suelo en la flor de su vida, ó por haberse expatriado para poder pensar y hablar con independencia de criterio y resolución decidida sobre puntos de fe ó cuestiones que afectaban á la religión de Roma ó las que se referían á la Reforma de Lutero ó sus derivaciones.

Los excelentes trabajos de Usoz y Río fueron muy tenidos en cuenta por literatos ingleses y alemanes, entre otros los señores Wiffen y Boëhmer.

Pero entre los mejores estudios que se han dado á la estampa, podemos citar con legítimo orgullo el hermoso libro que escribió acerca de los antiguos reformistas de Cuenca *Alonso y Juan de Valdés*, el ilustre poligrafo don Fermín Caba-

llero, que dedicó toda su vida á la glorificación de la intelectualidad en España, ora como periodista, ora como ministro, ora como iniciador de proyectos de utilidad agraria, y coronó su inmensa obra regeneradora, social y de poderosos alientos con esa maravilla de erudición sobre conquenses renombrados, en cuyas tareas le sorprendió la muerte.

Tres volúmenes llevaba publicados sobre dicho tema cuando el año 1874 trabajaba con gran ahinco para la terminación del tomo que se dió á la estampa en 1875 y se titula *Alonso y Juan Valdés*, por don Fermín Caballero. (Madrid, oficina tipográfica del Hospicio). Era el tomo IV de la colección.

Don Fermín fué individuo de número de las Academias de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas.

Hemos de transcribir lo más notable del prólogo que encabeza la obra, admirable trabajo de profundidad de pensamientos, claridad de lenguaje y síntesis hermosa de ideas originales, inspiradas por investigaciones afortunadas y patrióticas.

«No es de extrañar (comienza diciendo) que el mundo político sea inestable, cuando en el sosegado retiro de las letras se oscila y varía con frecuencia. Dígolo, porque mi plan para este cuarto volumen ha sufrido, de un año á esta parte, un cambio radical. Había pensado formar el tomo con un grupo de conquenses un tanto levantiscos, herejes algunos, reformadores templados otros, y famosos los demás por su carácter avieso, vesánico ó embaïdor. Lleváronme á idear esta amalgama dos consideraciones principales: una, que siendo pocos los antecedentes conocidos de cada uno de los sujetos destinados al conjunto, ninguno daba por sí solo materia bastante para un libro aparte; y otra, que hallándome en los umbrales de la decrepitud, y debiendo faltarme aliento para concluir la tarea pesada, que me impuse al emprender esta galería, me era convenientísimo el ir reduciendo las proporciones y agrupando los retratos, á fin de dejar concluidos el mayor número de ellos que me fuera posible.»

Buscando, pues, y añadiendo datos con su natural perseverancia, fué tan abundante la cosecha de materiales que reunió, que bien pronto se encontró con caudal suficiente para constituir un volumen especial, el mejor de todos indudablemente, sobre algunos famosos personajes, ó sean los notables escritores y propagandistas ya mentados, los dos Valdés.

Los literatos extranjeros, y señaladamente los que se han ocupado de la reforma religiosa de aquel tiempo, han escrito bastante de estos españoles señalados, por una razón contraria al silencio que de ellos guardaron nuestros compatriotas. Aquéllos tenían empeño en reforzar la falanje disidente con sectarios de la España católica: nuestros antepasados huían de ocuparse de los naturales sospechosos en la fe. Fuera por repulsión ó por no suscitar dudas acerca de los propios sentimientos religiosos, el hecho es, que los escritores españoles apenas hicieron mención de semejantes personas, y menos se detuvieron á enumerar sus servicios y producciones. Lo mismo en la época de Melanchthon, Calvino y Lutero, que en

la inmediata siguiente, por necesidad ambas rigurosas é intolerantes, pocos se atrevieron aquí á elogiar, ni aun á estudiar siquiera, á un autor, por notable que fuese, si le había alcanzado el anatema del Santo Oficio ó llegaba á estar comprendido en la nota elástica de que su doctrina *sabía* ú *olía* á herética. Sobraba que un nombre ó un libro se hallase inscrito en los *Indices expurgatorios* para que alcanzase crédito entre los de fuera, y que dentro inspirase escrúpulos, repugnancia ó temor.

Hace notar don Fermín Caballero que aún en nuestros bibliófilos más acreditados y copiosos, las noticias relativas á Alonso y Juan de Valdés eran tan escasas que se reducían á especies sueltas, vagas é inexactas, ignorándose casi por completo de dónde eran naturales, en dónde habían vivido, cuándo y en qué punto habían muerto. Y recuerda el mismo autor que don Nicolás Antonio cita á Juan de Valdés en su *Bibliotheca Nova* y le dedicó muy breves líneas, llamándole hereje luterano, mencionando sólo de referencia algunos libros de que se hablaba en los *Indices expurgatorios*.

«Sus producciones literarias (dice el señor Caballero), escritas casi todas en castellano, ó eran desconocidas, ó si alguna noción de ellas se tenía, era por traducciones extrañas, y se atribuían inciertamente á uno ú otro Valdés, si es que eran dos sujetos distintos; pues hasta eso se controvertía hace pocos años.

Por fortuna, el progreso moderno, en todos los ramos del saber, ha venido á favorecer á estos notables conquenses y á sus admiradores. La afición bibliográfica ha descubierto varias obras de JUAN DE VALDÉS: los estudios biográficos recientes de extranjeros y nacionales han desenterrado instrumentos que yacían escondidos: publicaciones contemporáneas han agrandado el horizonte de los hechos valdesianos; y nuevos reconocimientos de los archivos y bibliotecas, más intencionados y certeros, han proporcionado piezas ilustrativas que nos ponen en situación de conocer mejor á los autores de los *Diálogos* sobre el saco de Roma, sobre las empresas de Carlos V y sobre la lengua castellana.

Quedan todavía grandes lagunas en la vida de los dos conquenses; empero ya se puede discurrir con algún acierto acerca de su espíritu religioso, sin condenarlos ni absolverlos en absoluto: cabe formar juicios fundados acerca de su conducta y ocupaciones: y sobre todo, hay elementos para hablar de sus producciones literarias. A pocos empujes como el que se ha dado de treinta años á esta parte, llegaría á ponerse en claro la vida entera de estos dos castellanos distinguidos.»

Don Fermín enumera gran cantidad de materiales que le han servido para componer su excelsa obra.

1. Tres cartas de Alonso Valdés á Pedro Mártir de Anglería, escritas en los años 1520 y 1521.

2. Completa edición de cartas de Desiderio Erasmo. En el tercer tomo de epístolas hay nueve dirigidas á Alonso y Juan de Valdés, desde el año 1527 al 1531 y una de Alonso á Erasmo en 1527.

3. Obra en italiano—Venecia, 1548,—que incluye una carta de Jacobo Bonfadio á monseñor Pedro Carneseccchi, en que recuerda entrañablemente al incomparable Juan de Valdés.
4. Obras alemanas y francesas de 1571 y 1608, en las cuales se hace mención de Juan de Valdés, tratándose de los mártires reformistas Juan Díaz, Francisco de Enzinas y otros españoles perseguidos ó castigados como herejes.
5. Obra en latín publicada en Venecia, en 1643. Habla de las relaciones amistosas que sostuvieron Juan de Valdés y Fr. Bernardino Ochino.
6. Biblioteca de antitrinitarios, publicada el año de 1684. Incluye á Juan de Valdés entre los escritores antitrinitarios.
7. Obra diplomática. Amsterdam, 1726. Inserta varios documentos oficiales del emperador Carlos V, suscritos por Alonso de Valdés.
8. Diccionario histórico y crítico. Amsterdam, 1730. Trae un razonado artículo de Valdés (Juan) ilustrado con notas copiosas.
9. Diccionario universal. La Haya, 1740. Hace mención expresa del español Juan de Valdés.
10. Diccionario histórico de Moreri. Traducción por don Francisco de Miravel. París y Lyon, 1753. Pone artículo de nuestro Juan de Valdés.
11. Historia del reino de Nápoles. La Haya, 1753. Se refieren los viajes que hizo á Italia Carlos V, de quien era secretario Alonso de Valdés, aunque entonces no le acompañaba.
12. *Vida de Erasmo*, por Mr. de Burigui, de la Academia real de Incripciones y de Bellas Letras. París, 1757. Esta obra sirve para conocer bien á Erasmo y sus relaciones amistosas, con las que también estaba ligado nuestro Alonso de Valdés.
13. Obras de Juan Sepúlveda. Madrid, 1780. Contiene cinco cartas del cronista, año de 1531, cuatro dirigidas al secretario Alonso, y una á su hermano Juan.
14. *Tratado histórico sobre el origen del Histrionismo en España*, por don Casimiro Pellicer. Madrid, 1804. Menciona con separación á los dos Valdés con motivo de hablar del *Diálogo de las lenguas*.
15. Historia de los progresos y persecución de la Reforma en España en el siglo XVI, por Tomás M. Crie. Londres, 1829. Habla de la parte que tuvieron en el movimiento reformista español Alonso y Juan de Valdés.
16. La misma historia adicionada. Edimburgo, 1833. Trata de Juan de Valdés como propagador de las ideas reformistas en Nápoles.
17. Historia de Italia, continuada hasta 1789. Se ocupa de la doctrina reformista introducida en Nápoles por el español Juan de Valdés.
18. *Historia crítica de la Inquisición*, por don Juan Antonio Llorente. Barcelona, 1835 y 1836. Trae á los dos Valdés, con separación unas veces, y confundidos otras en una sola persona.
19. Historia de la literatura española, por Fickor, 1851. Traducción de los señores Gayangos y Vedia. Los traductores hacen varias observaciones sobre los Valdés.

20. Historia de los protestantes españoles y de su persecución por Felipe II, por don Adolfo de Castro. Cádiz, 1851. Habla extensamente de los Valdés, y plantea la cuestión de si eran hermanos.

21. Tomo V de la Colección de documentos inéditos para la Historia de España. Se inserta en él el extracto de la causa contra el arzobispo de Toledo, F. Bartolomé de Carranza, en que hay referencias á Juan de Valdés.

22. Nueva biografía general, publicada por Mr. Didot bajo la dirección del doctor Hœfer. París, 1855 y 56. Tiene artículo referente á Juan Valdés.

23. Cita don Fermín Caballero la colección de reformistas antiguos españoles, empresa que acometió con entusiasmo y desinterés don Luis Usoz y Río. De los veintitantos volúmenes que forman completa la reproducción de tanto preciado monumento literario y científico, al que avaloran más las noticias críticas y biográficas con que las adicionó aquel erudito y buen creyente reformado, se añadió á su muerte este rasgo delicado de la viuda del señor Usoz, doña María Sandalia del Acebal y Arratia. Coronando dignamente la generosidad de su difunto esposo, regaló á la Biblioteca Nacional, donde hemos podido leerlos, todos los ejemplares. El resto de la edición total ascendía á más de diez mil volúmenes. La misma señora donó á la Sociedad bíblica londinense las existencias de los veinte tomos de la Colección de Reformistas, que el autor había ofrecido á los amigos, sin ponerlos á la venta.

Con justa razón dice don Fermín Caballero que «Usoz y Río es el literato español que por su inteligencia, laboriosidad y entusiasmo casi maniático ha dado á conocer en castellano los escritos de Juan Valdés y la vida de ambos conquenses hermanos, y de otros reformistas de nuestra patria».

24. Siguiendo las citas de las más interesantes obras que consultó el señor Caballero para componer y depurar errores en su gran trabajo, hemos de añadir á la lista una revista germánica-francesa (París, Octubre y Noviembre de 1861), donde se insertan dos artículos del literato español don José María Guardia, intitulados *L'Espagne protestante, les écrivains reformistes*, en que comprende á los dos Valdés.

25. En la *Antología española*, por don Carlos Ochoa, Madrid, 1861, en la página 285 viene un artículo como de *Juan de Valdés*, pero que pertenece á don Pedro José Pidal, ocupándose del *diálogo de la Lengua* y de su autor. Aunque nada se dice de la procedencia del artículo, es el que el señor Pidal insertó en la *Revista hispano-americana*, entrega primera del día 1.º de Julio de 1848, discurrendo sobre dicho libro y acerca de los hermanos Valdés.

26. Opúsculo del doctor Eduardo Boëhmer, puesto á continuación de *Le cento e dieci divine Considerazioni de Juan Valdés*, que publicó en Halle de Sajonia en 1861. Contiene muchas y preciosas noticias de los dos hermanos, datos que después ha ampliado y rectificado en su último libro.

27. Libro en inglés por Benjamín Barrou Wiffen, acerca de la vida y escritos de Juan de Valdés, reformista español en el siglo xvi. Londres, 1865.

28. Un libro curioso sobre el proceso de Pedro Carnesecchi. Turín, 1870.

En las 429 páginas en 8.º que contiene este libro hay referencias infinitas y noticias apreciables de Juan Valdés, porque reputando á monseñor como amigo íntimo y como discípulo del propagandista español, los inquisidores preguntaron al procesado cuanto se relacionaba con Valdés, ya difunto; pormenores que han servido grandemente para aclarar bastantes hechos de la vida del natural de Cuenca, y para conocer otros de sus relaciones y enseñanza en la ciudad de Nápoles.

29. *Biblioteca Wiffeniana sobre reformistas españoles*, por el doctor Eduardo Boéhmer, profesor de lenguas romances en la universidad de Strasburgo. Londres y Strasburgo, 1874. Tomo I.

Advierte el sabio don Fermín Caballero que el doctor alemán ha tomado por base de su obra los estudios profundos del escritor inglés. Pero «los ha perfeccionado (añade) con innumerables indagaciones hechas, con fruto, en Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y España, dando á la vida de los Valdés la mayor ilustración que hasta ahora había adquirido. En la parte bibliográfica, sobre todo, es riquísima esta Biblioteca: en ella se han corregido además varias equivocaciones que padeció el Sr. Wiffen y que el mismo doctor Boéhmer había aceptado en su opúsculo *Cenni biografici*. Por manera que el profesor de Strasburgo es el escritor á quien más se debe en este asunto, y quien mejor merece las felicitaciones gratulatorias de los literatos españoles».

Don Fermín pudo asimismo obtener y consultar algunos manuscritos que no estuvieron al alcance de los referidos historiadores extranjeros ni habían utilizado hasta el año de 1874 los literatos españoles.

Entre otros merecen citarse un *Itinerario* en donde constan los lugares que Carlos V recorrió en sus diferentes viajes, día por día, y jornada por jornada. «Me ha servido (dice don Fermín) para conocer la residencia respectiva de la corte en que solía ir Alonso de Valdés.»

Papeletas bibliográficas manuscritas de don Bartolomé José Gallardo, relativas á escritos de los hermanos Valdés.

Anotaciones del mismo señor Gallardo, puestas en dos ejemplares del *Diálogo de las lenguas* de 1737 y copiadas con exquisito esmero por don Cayetano Alberto de la Barrera, que perteneció á la Biblioteca Nacional.

Cartas de Carlos V. Correspondencia original con el Emperador, que tuvieron los embajadores y encargados suyos en Roma, don Juan Manuel, Duque de Sesa, Lope Hurtado y Juan Pérez; en Génova, Jerónimo Adorno y Lope de Soria; en Milán, el Abad de Nájera; en Nápoles, los Virreyes Moncada, Orange y Colonna; y en Venecia, Alonso Sánchez y otros, desde el año 1522 al 1529. Son 22 volúmenes en folio, procedentes del Archivo de don Luis de Salazar, que estuvo en el edificio de Monserrate de Madrid, y después pertenecieron á la Academia de la Historia.

Cartas de Erasmo y otros, existentes en un volumen en folio, de la Academia de la Historia.

Contiene cartas originales y minutas de mano de Alonso de Valdés, otras á él dirigidas y algunas que de él hablan de los personajes siguientes: Mercurino de Gattinara; arzobispos de Toledo y Sevilla, Fonseca y Manrique; Juan de Vergara, Baltasar Waltkirch, Pedro Juan Olivar, Pedro Gil, Doctor Prantner, Vicente Navarra, Conelio Sceppero, Esteban Gabriel Merino, Juan Dantisco, Luis Núñez Coronel, Maximiliano Transilvano, Francisco de Alcázar, Jerónimo Balbo, Paulo Jovio y copia de epístolas de Juan Ginés de Sepúlveda halladas en Bolonia.

Más de 30 de estas cartas de Alonso ó que le conciernen, fueron copiadas por el entendido oficial de la Biblioteca de dicha Academia, don Manuel de Goicoechea, con esmero, delicadeza y proligidad admirables y se insertan en los apéndices de la obra del señor Caballero.

Entre los muchos datos que ofrecen, aparece clara la intimidad con Erasmo y los servicios que le prestó, y se comprueban otros hechos dudosos de la vida de los dos ilustres defensores de los reformistas luteranos.

La ciudad de Cuenca, en la que ambos pensadores nacieron, suministró gran contingente de noticias y referencias, documentos y comprobaciones. Ayudaron mucho en sus tareas al señor Caballero el ilustre anticuario y catedrático de aquella capital don Mariano Sánchez Almonacid y el presbítero don Francisco Peñalver y Sebastián.

«Redoblé con empeño los esfuerzos (dice textualmente el biógrafo), fijándome en los puntos en que necesariamente habían de hallarse recuerdos, si aún existían: el municipio, las parroquias, el registro de la propiedad, las escribanías y los papeles de las familias de alcurnia de la población. Este medio de investigación, que recomiendo á los que se ocupen de monografías de pueblos y de personas, me produjo los buenos resultados que siempre se obtuvieron de los procedimientos lógicos.

La colección de más de ochenta documentos que he podido reunir, raros unos, inéditos muchos y desconocidos bastantes, constituye el interesante *Apéndice* que subsigue al texto; y como los más de esos documentos se escribieron en latín y en otros idiomas extraños, he creído útil añadir á su tenor original la versión castellana, para mayor comodidad de toda clase de lectores.»

Con sobrados motivos pudo decir el autor español al manifestar sus procedimientos y las bases en que funda su obra, lo siguiente: «creo no excederme en amor propio al pensar que algo he adelantado en la historia civil y literaria de mis paisanos Alonso y Juan de Valdés, añadiendo caudal al copioso almacén formado por los Sres. D. Luis Usoz, Benjamín Wiffen y el Dr. Boëhmer, señaladamente trayendo desconocidas piezas, rebuscadas en los archivos españoles. El lector, después de verlas en el *Apéndice* final, é intercaladas en el texto, juzgará imparcialmente hasta qué punto contribuirán mis afanes al esclarecimiento de la verdad».

Confiaba don Fermín en que las personas entendidas en semejante género de escritos le perdonarían los defectos teniendo en cuenta la edad y sus condiciones personales. Su modestia trató de disculpar los defectos, que son reducidos, pero su talento es tan superior, que seduce siempre y admira.

Noble prueba de su sinceridad como escritor deja consignada en el siguiente párrafo al final de su hermoso prólogo:

«La tarea árida, que doy al público, se comenzó en mi retiro de Barajas; la continué, con interrupciones, durante mis excursiones de verano á las costas del Norte, terminando en Madrid el principal trabajo. ¡Trabajo seco y empalagoso!

Un drama de grande espectáculo, un folleto satírico, una polémica ardiente, ó una crónica escandalosa, que puede redactar un buen ingenio en pocos días y sin consultar un libro, llama, de seguro, la atención de las gentes, y exige reimpressiones para satisfacer la curiosidad pública; pero la vida de un hombre estudioso y austero, contada por un anciano frío y gastado, de lenguaje llano, y en un libro cuajado de fechas y datos indigestos y de documentos rancios, ¿qué interés ha de suscitar en una generación beligerante, apasionada con delirio, ilusionada con utopías, descreída hasta la indiferencia y aventurera hasta la locura? Si yo no regalase mi obra, pocos ejemplares saldrían de la librería; no tanto por valer poco, cuanto por el desacuerdo de su asunto con nuestro estado social. No se necesita poca fuerza de voluntad, no basta una decisión cualquiera, para emplear años enteros, toda la actividad y facultades, en tareas como la presente.

Los literatos que de ella se ocupen, echarán de menos y de sobra muchas cosas: sean indulgentes y esperen. Otro vendrá, que, sobre mis imperfectos ensayos, levante el monumento que se merecen Alonso y Juan de Valdés.

A pesar de cuanto trata de rebajar su libro el propio autor, es lo cierto que para conocer y estudiar con detenimiento y verdad la biografía de estos dos escritores, pensadores y filósofos españoles, la mejor obra que puede consultarse en castellano es el completo estudio de investigación que dejó concluido don Fermín Caballero.

Por adelantado prefiere un hecho, fundamento de muchos otros subsiguientes: que Alonso y Juan de Valdés son dos personas distintas, que ejercieron á la par funciones diversas y tuvieron correspondencia individual con contemporáneos muy conocidos, que respectivamente los distinguían; y no sólo fueron dos sujetos sino dos hermanos, hijos de un mismo padre.

Partiendo de esta dualidad, desconocida ó cuestionada por tantos de los que quisieron exhibirlos al público, he aquí el método que adopta. Divide su libro en cuatro secciones, subdivididas en varios párrafos, á fin de presentar con orden los sucesos y suministrar al lector la suma de conocimientos referentes á los Valdés recogidos en tres siglos por infinitos estudiosos.

En la primera sección expone las cosas que son comunes á entrambos hermanos, pues hay tal paralelismo entre ellos, que no se pueden separar sin incurrir

en pesadas repeticiones. Las secciones segunda y tercera versan sobre los hechos concernientes á cada cual de ellos, ó sea lo que constituye su biografía peculiar. Y en la cuarta sección se ponen piezas justificativas é ilustratorias respecto de la vida de cada uno, colección rica y notable en que el trabajo del señor Caballero lleva conocida ventaja á los hasta antes del suyo publicados, por más que en otros puntos resulten muy laudables los efectuados por los señores Usoz, Wiffen y Boëhmer.

El mismo señor Caballero, no por vanagloria, sino con ingenua verdad lo reconoce así, cuando dice:

«No obstante la superioridad que les reconozco (á los dos citados últimamente), me aparto de ellos en algunas cuestiones; porque, si han contado para sus obras con más talento é instrucción, no han podido tener las ventajas de un español, castellano y conquense. En medio de mi pequeñez intelectual, cabe que conozca mejor la cuna, el teatro, la parentela y las costumbres de mis protagonistas, los rastros que aquí dejaron de su existencia y todo lo que en su patria les concierne. ¿Cómo los extranjeros, aun los más eminentes, habian de contar con los medios que yo he tenido para revolver los archivos de Cuenca y registrar las vicisitudes de la familia y de sus bienes raíces? Con más limitado talento puedo comprender mejor ciertas alusiones de los libros de los VALDÉS, por cuanto se refieren al territorio en que ellos nacieron y moraron y en que yo he nacido y habito, á gentes de nuestra propia raza y lengua, á objetos y cosas que, si no existen, han tenido su asiento en los lugares, que ellos llamaran suyos y yo puedo decir míos. Pienso que no hay odiosidad en estas comparaciones: para los que me han precedido, el mérito, el ingenio, el saber, el aplauso, la gloria: para mí, la circunstancia accidental de ser conterráneo.»

Don Fermín Caballero es quien por primera vez pudo decir, después de minucioso examen de documentos, lo que copiamos de la página 65 de su *Alfonso y Juan de Valdés*:

«A vista de tantos hechos, testimonios y coincidencias, acordes con la creencia general de los literatos, bien puede sustentarse hoy, sin temeridad, y aun proclamarse con entera conciencia, que los escritores del siglo décimo sexto Alonso y Juan de Valdés nacieron en la ciudad, en que su padre y deudos tenían casa, capilla y mayorazgo, con hacienda y regiduría perpetua, y por tanto, que deben reputarse *naturales* de la muy Noble, Leal é Invicta ciudad de Cuenca, por más que carezcamos de las partidas de bautismo. Acaso llegue el día en que ese ú otro comprobante directo se encuentre, con menos esfuerzos de los hasta aquí hechos en su busca.»

Don Fermín Caballero es también el primer historiador de los dos famosos hermanos, que ha dejado aclarado que su señor padre fué Fernando ó Ferrando de Valdés.

«Por los libros de actas del Ayuntamiento de Cuenca, dice en la pág. 66, se demuestra que era Regidor perpetuo desde 1485, habiendo ejercido la Regiduría

35 años. En el referido año 85 era el último de los regidores en antigüedad. En 1492 ya era el segundo, llegando más adelante á estar el primero después del Corregidor. Don Ferrando falleció en 1530, pues en el mes de Julio escribió Erasmo á Alfonso consolándole de la pérdida *del mejor de los padres.* »

De Alfonso de Valdés sabemos, por datos comprobados por don Fermín, que entró como adicto al Gran Canciller del Emperador Carlos V; se le nombró escribiente después; luego Registrador y Contrarrelator de la Cancillería imperial; más tarde, Secretario del Gran Canciller; más adelante, Secretario del Emperador; luego, Secretario especial de la correspondencia latina; y últimamente, Secretario de Estado del Emperador y su Consejo. En *Apéndice* se publican las ordenanzas de la Cancillería, escritas en 26 de Agosto de 1524 por Valdés mismo, y la Real cédula de 8 de Febrero de 1526, de la que resulta: que, ausente el encargado de la correspondencia latina, Gaspar Arguylensis, é imposibilitado Felipe Nicola, que interinamente le suplía, el Emperador nombra para este destino á su Secretario Alonso de Valdés. De los siete secretarios de Carlos V, que se hallaron en los comicios de Augsburgo, el primero que figura en la lista es Urias, el segundo, Valdés.

De la serie cronológica de las suscripciones instrumentales y de los sobres de las cartas que recibía, aparece claro que Alonso siguió á la corte imperial por los Países Bajos en 1520 y 21; que desde 1522 á 1523 residió en España, y que en el viaje de Carlos V á Italia y Alemania en el último año iba con S. M. I., con Gattinara, Enrique de Nassau, Alejandro Schweisse y otros cortesanos de gran cuenta.

Sirvió Valdés al Emperador y le consagró su actividad desde la coronación del Rey de Romanos en *Aquisgrán* (Aix-la-Chapelle) hasta la paz de Nuremberg; atravesando los períodos notables de la Dieta de Worms en 1525; la paz de Cambray en 1529; hasta la Dieta de Ratisbona en 1532.

Acerca de la muerte de Alfonso no se ha dicho lo cierto hasta que el señor Caballero no ha aclarado bien el hecho. Véanse los fundamentos de ese aserto como lo expone don Fermín en la página 104 de su obra:

«El embajador inglés Tomás Crammer, en un despacho á su soberano Enrique VIII, fechado en Villach (Iliria) el 20 de Octubre de 1532, le habla de *una grave infección de peste, de la cual muchos de la servidumbre del Emperador murieron, y entre otros murió Valdesius, español secretario principal; añadiendo: y yo supongo, que él hizo el borrador de la respuesta del Emperador, que yo mandé inclusa en mi última carta.* Esta última carta á que se refiere, llevaba la data de 2 de Octubre de 1532.

Entre las causas que aceleraron la marcha del César de Viena á Italia, fué una la peste, de la cual habían muerto muchas personas obscuras, y últimamente el secretario Valdesius. » Así decía otro inglés, el enviado Agustín, escribiendo á Cromvell desde Bolonia á 14 de Octubre de 1532.

Apurando el señor Caballero pormenores y circunstancias del infausto suceso, logró datos más oficiales en los archivos de España.

«El documento más expresivo, oficial y concluyente de la defunción de que se trata, es la Real cédula que Carlos V expidió en Bolonia á 20 de Diciembre de 1532, por la cual manda que se abonen á los herederos de Alonso Valdés los salarios devengados en todo el referido año, no obstante que había muerto al principio de Octubre del mismo. De este instrumento público, que existe en el archivo de Simancas, y de las precedentes citas epistolares, se puede fijar con cierta seguridad, que Alonso de Valdés falleció del 2 al 4 de Octubre de 1532; y los fundamentos son éstos: El día 2 de Octubre, cuando el embajador Crammer envió á Enrique VIII la respuesta del Emperador, escrita por Valdés, éste aún no había muerto. El día 4 del mismo Octubre salió de Viena Carlos V, preocupado con la muerte de su secretario, según la carta de Agustín á Cromwell: lo dejó la corte ya difunto. Según la Real cédula de Bolonia haciendo gracia á los herederos, Alonso había fallecido *al principio* de Octubre, que no es el primero del mes ni á muchos días de él. ¿No demuestran estas fechas combinadas que la defunción debió ser necesariamente del 2 al 4 de Octubre? Si el día 2, después de despachar el correo el embajador inglés; si el 4 antes de salir la corte de Viena: *probablemente fué la muerte el día 3 de Octubre.*»

Si respecto de los datos biográficos auténticos referentes al secretario de Carlos V, nadie ha superado al insigne español don Fermín Caballero, tampoco ha habido nadie que le haya excedido en la firmeza y seguridad con que sustentó siempre ser del mismo secretario la magistral narración escrita sobre el saqueo de la corte del Papa.

Su luminosa crítica ha resuelto definitivamente que él y sólo él fué el primitivo autor del *Diálogo de Lactancio*, en el que se refieren los acontecimientos de Roma en el año de 1527.

Es incomparable el juicio emitido sobre este punto, porque no puede negarse ya que Alfonso de Valdés fué uno de los más ilustres filósofos que tuvimos en el siglo XVI. Escribió el secretario Alonso Valdés el *Diálogo de Lactancio* en el verano del mismo año, á poco del terrible saco de la ciudad, ocurrido el 6 de Mayo. Aduce como pruebas concluyentes don Fermín el haberlo defendido como suyo propio de los ataques del Nuncio del Papa en España; habló de él en carta al mismo Valdés Maximiliano Transilvano, cuando aún no estaba publicado el manuscrito, pidiéndole ejemplares, y Castiglione aseguró que lo había compuesto Alfonso.

«Vano sería el empeño (dice D. Fermín) de presentar á Alonso de Valdés como un católico-apostólico-romano neto, sin aspiración alguna á innovaciones en el régimen eclesiástico. Se dolía de abusos introducidos en la Curia y de la relación de muchos eclesiásticos, por lo mismo que era cristiano acérrimo, y deseaba la reforma de la Iglesia con toda su alma. Pero al solicitarla, no se adhirió á los revoltosos, ni se ligó con otros hombres que con los más templados y juiciosos reformadores, que aspiraban á que saliese el remedio de la misma autoridad eclesiástica.

Por eso trabajó con el Gran Canciller y con el Emperador, aguijando al Papa

á que convocase un Concilio general, única manera, á su juicio, de curar los males surgidos en el levantamiento de los alemanes, con ocasión ó pretexto de las indulgencias. Las cartas al Pontífice y á los cardenales, que puso á la firma de Carlos V, y que él mismo subscribió, así como la mayor parte de los actos suyos que conocemos, confirman ese modo de pensar; en el cual coincidían buenos cristianos, príncipes de la Iglesia, doctores y sacerdotes, seculares y monacales de probada fe é intachables costumbres...

Cierto que en ocasiones de revueltas, á la sombra de legítimos reformadores, se levantan otros discolos, mal avenidos con el freno de la autoridad; y que llegan á pervertirse de tal modo las ideas, que los sinceros iniciadores se asustan, aflojando ó desistiendo de su empeño, por no confundirse con los de entusiasmo mentido ó con las locuras de los exagerados, para quienes son lícitos los medios que conducen al fin. En la época á que me refiero había Calvinos y Buceros y Luteros fogosos, atrevidos y aun violentos, y había Melanchthónes y Erasmos templados y juiciosos. Con este último coincidía Alonso de Valdés, apartándose de los primeros; pues reconociendo que el clero y los cristianos en general se habían desviado bastante de la sencillez y pobreza evangélicas, repugnaba la usurpación de poderes que correspondían al Concilio y al Papa.»

Depurado y esclarecido que el autor de *Lactancio* es Alonso Valdés, cuánto se queja el arcediano, uno de los interlocutores del *Diálogo*, de las profanaciones hechas en los templos de Roma en reliquias é imágenes, á lo que replica Lactancio con el siguiente suceso:

«*En mi tierra*, andando un hombre de bien, teólogo, visitando un obispado, de parte del Obispo, halló en una iglesia una imagen de Nuestra Señora, que dicen que hacia milagros, en un altar frontero del Sacramento, y vió que cuantos entraban en la iglesia volvían las espaldas al Sacramento (á cuya comparación, cuantas imágenes hay en el mundo son menos que nada), y se hincaban de rodillas ante aquella imagen de Nuestra Señora. El buen hombre, como vió la ignominia que allí se hacía á Jesucristo, tomó tan grande enojo, que quitó de allí la imagen y la hizo pedazos.» Sigue diciendo cómo se amotinó el pueblo contra el visitador, queriéndole matar, y cómo representaron los clérigos del pueblo quejándose al prelado de la determinación, que los privaba de buena renta; y concluye el suceso de este modo: «El obispo, como persona sabia, entendida la cosa como pasaba, reprendió al visitador del desacato que hizo en romper la imagen, y loó mucho lo que había hecho en quitarla.» (*Diálogo de las cosas acaecidas en Roma el año de 1527*, pág. 456).

Hay que tener en cuenta lo que advierte don Fermín en la pág. 230 de su libro para proceder con acierto y crítica, que es lo siguiente: «Las primeras ediciones del *Diálogo* salieron anónimas. Agotados los ejemplares góticos, se reimprimió con el de *Mercurio* (*diálogo* escrito por Juan), así en castellano como en italiano, precediendo siempre este último, escrito por Juan, al de su hermano, que retocó y corrigió; lo cual ha contribuído á creerlos ambos de Juan, y á ponerlos en los

Indices, como suyos. Hasta el mismo Usoz y Río, concedor de esta historia, los ha reproducido conjuntos en 1860, diciendo en la portada que los dos fueron escritos por Juan de Valdés. En una publicación reciente de don Antonio Rodríguez Villa (*Memorias para la historia y saqueo de Roma*, Madrid, 1875, págs. 387 y 461), se insertan dos fragmentos de entrambos *Diálogos*, suponiéndolos de Juan de Valdés, si bien en una nota se dan noticias de los dos hermanos, tomadas de Usoz, sin adelantar á lo que este escritor sabía. »

Son interlocutores del *Diálogo* Lactancio, un joven de la corte, muy devoto del Emperador y personificación del autor Alonso de Valdés, y un arcediano del Viso, que llega de Roma á Valladolid disfrazado de militar, y asustado de los desastres y profanaciones ocurridos en la ciudad papal. La escena de esta conversación pasa en la iglesia de San Francisco, hasta que, echados de allí por el fraile portero, se proponen continuar al día siguiente en el monasterio de San Benito. No llegó el autor á adicionar el *Diálogo* con lo que ofrecía decir al arcediano respecto de lo que debería hacer el Emperador. Probablemente sería procurar la celebración del Consejo general por que se venía trabajando.

Divídese la obra en dos partes. En la primera, Lactancio defiende con empeño y destreza la conducta de Carlos V, sosteniendo que no tiene culpa alguna de lo acaecido en Roma, puesto que ha empleado los medios de evitarlo. He aquí algunos de sus razonamientos:

«Y lo primero que haré será mostraros, cómo el Emperador ninguna culpa tiene en lo que en Roma se ha hecho... Pues si yo os muestro claramente que por haber el Emperador hecho aquéllo, á que vos mismo habéis dicho ser obligado, y por haber el Papa dejado de hacer lo que debía por su parte, ha sucedido la destrucción de Roma, ¿á quién echaréis la culpa? Más obligados son los príncipes á Dios que no á los hombres; y más á los sabios, que no á los necios. Gentil cosa sería, que un Príncipe dejara de hacer lo que debe al servicio de Dios y bien de la República, por lo que el vulgo ciego podría decir ó juzgar. Haga el Príncipe lo que debe, y juzguen los necios lo que quisieren... ¿Y quién hay que pueda excusar los falsos juicios del vulgo? Antes se debe tener por muy bueno, lo que el vulgo condena por malo, y por el contrario. ¿Quiéreslo ver? A la malicia llaman industria: á la avaricia y ambición, grandeza de ánimo: al maldiciente, hombre de buena conversación: al disimulador, mentiroso y trafagador, buen cortesano. Y por el contrario, al bueno y virtuoso, llaman simple: al que con humildad cristiana menosprecia esta vanidad del mundo y quiere seguir á Jesucristo, dicen que se torna loco: al que reparte sus bienes con los que lo han menester (por amor de Dios) dicen que es pródigo: al que no anda en tráfigos y engaños para adquirir honra y riquezas, dicen que no es para nada: al que menosprecia las injurias por amor de Jesucristo, dicen que es cobarde y hombre de poco ánimo: et finalmente, convirtiendo las virtudes en vicios y los vicios en virtudes, á los ruines alaban y tienen por bien aventurados; y á los buenos y virtuosos llaman pobres y desastrados.» (*Diálogo de Lactancio*, páginas 338 y 374).

Sostiene en la segunda parte, que Dios ha permitido tantos desmanes para castigo de los pecados de Roma y deformación de su Iglesia. Y aunque en algunas apreciaciones y argumentos puede ser contradicho, es lo cierto que discurre con talento y se expresa con claridad. Sirvan de muestra algunas cláusulas al propósito de su tema, de la relajación romana y de su gentilidad mundanal.

«Todo lo que ha acaecido ha sido por manifiesto juicio de Dios, para castigar aquella ciudad; donde con grande ignominia de la religión cristiana, reinaban todos los vicios que la malicia de los hombres podía inventar: y con aquel castigo despertar el pueblo cristiano para que, remediados los males que padece, abramos los ojos y vivamos como cristianos, pues tanto nos preciamos de este nombre... ¿Queréis ver otra semejante gentilidad, no menos clara que ésta? Mirad cómo habemos repartido entre nuestros santos los oficios que tenían los dioses de los gentiles. En lugar de Dios Mars han sucedido Santiago y Sanct Jorge. En lugar de Neptuno Sanct Telmo. En lugar de Baco Sanct Martin. En lugar de Eolo Sancta Bárbola. En lugar de Venus la Madalena. El cargo de Esculapio habemos repartido entre muchos: Sanct Cosme y Sanct Damián tienen cargo de las enfermedades comunes; Sanct Roque y Sanct Sebastián de la pestilencia; Sancta Lucía de los ojos; Sancta Polonia de los dientes; Sancta Agueda de las tetas. Y por otra parte, Sanct Antonio y Sanct Aloy de las bestias; Sanct Simón y Judas de los falsos testimonios; Sanct Blas de los que estornudan.» (*Diálogo de Lactancio*, págs. 338 y 463).

El señor Caballero delinea la semblanza moral de Alfonso y Juan de Valdés con rasgos de maestro.

«Tenían ambos (dice) conocida predilección á conversar y *dialogar*; pues los más de sus escritos los acomodaron á ese género de composición, propio de caracteres comunicativos, que cuentan con palabra fácil é insinuante, y que saben agradar y persuadir, inspirando confianza á los mismos que subyugan convenciéndolos: *Diálogo* entre Lactancio y un Arcediano: *Diálogo* entre el dios del infierno, Mercurio, y el barquero de los réprobos, Caron: *Diálogo* entre Valdés y sus amigos acerca de la lengua castellana: *Alfabeto cristiano*, conversación entre VALDÉS y Julia Gonzaga; son las principales obras que redactaron. Las demás, aunque en distinta forma, participan del estilo claro, sencillo, familiar y docente, peculiar de quien dialoga con el lector, atrayéndole á las propias convicciones. Natural parece esta comunidad de gustos y de aptitudes en hermanos, en tantos puntos semejantes, de educación análoga y que estuvieron juntos mucho tiempo en cordial y santa fraternidad.

Ambos vivieron y murieron célibes; y aunque con relaciones femeniles de amistad y trato íntimo, aunque notoriamente se comunicaban con señoras distinguidas por su belleza y talento, jamás dieron motivo á nadie á que pusiera en duda su castidad ó la rectitud de su conducta ejemplar é intachable. Su moralidad, su austeridad de costumbres y la fama de hombres probos y buenos, pasaron

como verdades notorias entre afectos y adversarios. Lo mismo en la opinión de las clases elevadas, que en el concepto común del vulgo, en todas las jerarquías sociales eran tenidos por hombres tan virtuosos como capaces.»

Concluye el elocuente elogio de los dos filósofos ilustres con los siguientes párrafos:

«Prendas de estima en uno y otro hermano, la templanza en los apetitos, la dulzura de carácter, la suavidad del genio y la sinceridad en el trato. Ni los que disentían de sus opiniones singulares, ni los que las consideraban como un promedio bascular filosófico-cristiano, ni los mayores contrarios de su doctrina, que los miraban como tocados de herejía, se atrevieron á murmurar de su conducta privada: todos los tuvieron por personas morigeradas, estimables y dignas de respeto. ¡Premio debido á quien se conducía discretamente, trataba con afabilidad y procuraba con amor el bien de sus semejantes!

Mucho puede haber de exagerado por el entusiasmo de escuela en los elogios que les tributan escritores contemporáneos, afectos á la reforma; pero del conjunto de los actos de los VALDÉS, de sus máximas conocidas y de la voz común de cuantos los juzgan, sale el convencimiento profundo de que así ALONSO como JUAN fueron de conducta apacible, templada, dulce, compasivos y afectuosos, hasta el punto de no haber dado ocasión á disputas enojosas, á quejas fundadas ni supuestas. Aun los que los creían extraviados en doctrina religiosa y los miraban como sospechosos en la fe, respetaron su honradez y confesaron su bondad: ¡distinción que pocos alcanzaron entre las capacidades de aquel tiempo de compromisos, pasiones y borrascas!

Buena prueba es de que en ambos abundaban semejantes estimables prendas, que ALONSO en España, Flandes y Alemania y JUAN en Italia fueron estimados de personas que valían en la sociedad por su ciencia, riqueza y virtudes; lo mismo en las elevadas regiones aristocráticas, que en la clase general del pueblo; así entre los necesitados de medios de vivir, como entre los que habían menester alimento del espíritu, enseñanza y consuelos. Es decir, que les fueron comunes á los hermanos las prendas más preciadas en el mundo, las virtudes por donde se camina al empireo: caridad, fe, perseverancia y abnegación.»

Demostrado ser el autor del *Dialogo de Lactancio* Alonso de Valdés, su hermano Juan es, como afirma don Fermín Caballero, de entrambos el que suena como notable escritor dentro y fuera de España y el que, en efecto, merece por su vasta literatura y sus libros, la atención que le han prestado y le mantienen los doctos. Además de su especial dedicación á las lenguas sabias, á la filosofía y á la moral, era un gran conocedor del habla patria, muy superior á Alonso en ésta y aun en la latina é italiana.

Sus varias obras de doctrina evangélica le habrían valido siempre buen lugar entre los místicos, mas apenas sería citado en la república de las buenas letras, si no hubiera escrito el célebre *Diálogo* sobre la lengua castellana.

Hoy puede decirse que la celebridad del hermano menor, ha influido no poco en que la tenga Alonso. Si ésta no hubiera guiado á Juan en sus estudios y aficiones, si no sonara en la correspondencia de Anglería, Erasmo y Sepúlveda, y no hubiera sido secretario del gran Monarca Carlos V, autorizando tantos y tan importantes documentos, apenas sería conocido de los amantes del saber.

«Los desvelos que los literatos consagran al escritor de quien ahora me ocupo (palabras textuales del señor Caballero en la página 225 de su libro) les han proporcionado el encuentro del hermano mayor; pero descollando siempre Juan, que ha dejado abundantes producciones de su ingenio, las más de ellas redactadas en Nápoles, en los siete últimos años de su breve existencia.»

Sorprende al sabio crítico que, habiendo escrito Juan todas sus obras en lengua castellana, el mayor número se conocen por traducciones extranjeras; fenómeno que tiene, á su parecer, sencilla y fácil explicación. Muerto el escritor en tierra extraña y entre amigos italianos, quedaron éstos dueños de sus manuscritos y borradores, fuese por expresa donación, ó por coincidencias casuales.

Además, las censuras de nuestros inquisidores alejaban del comercio peninsular esas producciones condenadas, por más que la prohibición misma las hiciese codiciar á cierto género de creyentes y de curiosos, como lo ha expresado Salvá al anotar en el *Catálogo* (Valencia, 1873, tomo 2.º) las dos obras, *los Diálogos de Valdés*, en estos términos: «Obtuvieron ya el honor de ser anatematizados por el Santo Oficio é incluidas en su Índice expurgatorio desde el año 1559; á esto se debe indudablemente una no pequeña parte de su celebridad, y el gran empeño con que se los ha buscado por todos los hombres ilustrados. El hecho es que hoy día se consideran estos tratados como dos libros preciosos, por su rareza.»

Únicamente dos de las obras de Juan fueron publicadas en vida del autor; las demás se estamparon después de su muerte. Los originales de todas ellas, en opinión del señor Caballero, debieron perderse. Si aun habiéndose reducido en su mejor edad á los libros místicos y á la meditación en la vida futura, ha llamado la atención con sus escritos, «¿qué no habría sucedido,—pregunta el crítico,—si los siete últimos años de su vida los hubiera dedicado á escribir y publicar obras como el *Diálogo de la Lengua* y el de *Mercurio y Caron*, de sana filosofía y amena literatura?...»

Don Fermín ha dejado una lista razonada de todas las obras del filósofo español del siglo XVI, Juan de Valdés.

Extractamos los más interesantes pormenores. Acerca de la verdadera paternidad del *Diálogo de Mercurio y Caron*, nadie ha dudado: todos lo han tenido como obra exclusiva de Juan. Una anotación del sabio bibliógrafo Gallardo lo comprueba también, cuando escribe: «Me consta que Juan Valdés compuso el citado *Diálogo* por documentos que vi el año 1820 en los papeles de los Archivos de la Inquisición general, en cuyos registros se estampa este hecho como averiguado é inconcuso.

El autor, servidor y apologista del Emperador, se disfraza bajo el nombre de

Mercurio, nombre que así cuadra al conductor de las almas de los muertos en los infiernos, como pudiera envolver un tributo de reconocimiento al canciller Mercurino, protector de ambos hermanos Valdés. Muéstrase el escritor muy enterado de las entrevistas y conferencias oficiales, de los desafíos y carteles en pergaminos que mediaron entre los reyes de Francia é Inglaterra y Carlos V; y de todo el contrato se deduce que habla un testigo presencial de los hechos.

Mercurio conversa con Caron, Caronte ó Aqueronte, barquero del Infierno, que pasaba las almas de los muertos al otro lado del río Styx ó laguna Estigia, cobrando un óbolo por el pasaje. Unas veces en tono grave y sentencioso, y otras algo festivo y picante, los dos interlocutores discurren sobre los sucesos de actualidad, llevando siempre Mercurio el papel de director de la polémica y el de abogado del Emperador Carlos, especialmente en sus diferencias y guerras con el rey de Francia.»

La primera edición, letra gótica en 8.º, sin lugar ni año, se cree publicada en Italia de 1528 ó 1529.

El *Diálogo de la Lengua*. Esta obra, superior para el estudio de nuestro idioma, dióla á conocer desde 1737 el notabilísimo escritor don Gregorio Mayans y Ciscar, no sabiendo quién fuese su autor verdadero. Gallardo y Usoz y Río le censuran. Casiano Pellicer sostuvo que el autor del *Diálogo de las lenguas* le parecía haber sido Alonso de Valdés, natural de Cuenca, discípulo de Pedro Mártir de Anglería. Quien la desautorizó primero fué don Diego Clemencín, año de 1835. Sostúvola también el señor Pidal en 1848. Posteriormente, en 1860, al reproducir el libro don Luis Usoz y Río, ha reproducido las pruebas de que el *Diálogo de la Lengua* es obra de Juan de Valdés, especificando el agradable sitio de la bahía de Nápoles, en que las conversaciones pasaron y otras circunstancias del autor y de su libro. Mayores pruebas y pormenores han añadido el señor Wiffen en Inglaterra y el doctor Boëhmer en Alemania.

Alfabeto cristiano. El Alfabeto es una conversación seguida, sin división en capítulos ó artículos: únicamente epígrafes breves, puestos al margen, indican los asuntos y puntos que llegan al número de 157.

Debió ordenarse el libro en el año de 1537, según opina el crítico, en la forma predilecta del autor, la dialogal, entre Juan de Valdés y su amiga y discípula en el cristianismo reformado, la Princesa Julia Gonzaga.

Son de grande enseñanza moral y filosófica los siguientes temas: Felicidad del hombre.—Pecado original.—Paraíso é infierno.—Cinco modos de personas: ciegos, desvariados, supersticiosos, prudentes y santos.—Perfección cristiana, frailes y monjas.—Diez mandamientos.—Sábado cristiano.—Apetitos lascivos.—Avaricia.—Tres modos de pecar: malicia, ignorancia, fragilidad.—El mundo-tragedia.—Juicio futuro.—Salir de sí y entrar en Dios.—Mortificar los cinco sentidos.—Riquezas.—La Misa.—La confesión.—Cuál ha de ser el confesor.—La limosna.—La libertad cristiana, etc., etc.

Consideraciones divinas. Con esta obra, de las más extensas de Juan de Valdés,

ha sucedido lo propio que con el *Alfabeto cristiano*. Haberse perdido el original español y no poseerse otra matriz que la traducción italiana, publicada en 1550, nueve años después de enterrado el autor.

Comentarios á San Pablo. Dice don Fermín, acerca de esta obra: «De las epístolas de San Pablo conocemos dos comentarios suyos, trabajados por el año 1538: uno sobre la epístola á los Romanos, y otro sobre la primera á los corintios; ambos muy estimados de los entendidos en estos asuntos.»

Y otras obras que, por falta de espacio, no pueden ya ser citadas en este boceto de la Filosofía española.

»Sabemos de Juan de Valdés, concluye diciendo su mejor y más afortunado historiador, que tenía por norma de conducta—y esto lo sabemos por su confesión propia—no estar mal con nadie y de decir su sentir con franca libertad; cualidades capaces de elevar á quien las posee y ejercita á la altura de los hombres excepcionales. Además, le cabe á Juan la gloria de haber sido el primero, á lo que sabemos, que comprendió la tarea de hacer una versión de la Biblia en lengua vulgar castellana. Y al cabo de tres siglos ha merecido que se le coloque y considere entre los escritores de pureza clásica y de autoridad en nuestro idioma.»

Quisiéramos poder duplicar en páginas el presente trabajo, para poder hablar con la posible extensión de toda iniciativa en el movimiento filosófico de la intelectualidad española. Desde la Revolución del 68, aunque pasando por muchos retardos y persecuciones gubernativas, la Ciencia avanza, la Crítica se perfecciona para la propagación de la razón y, por consiguiente, de la Verdad, síntesis suprema de la Justicia.

Desde hace cuarenta años las leyendas religiosas son rechazadas en todos los países cultos. La experimentación científica predomina en todas las inteligencias.

No es que en España no exista filosofía. Es que todavía existen prejuicios de los tiempos pasados que aún quieren el absoluto predominio de las cosas desacreditadas y caducas, faltas de vitalidad y de savia.

Pero la filosofía moderna está suficientemente defendida con la fortaleza que ha sabido rechazar todos los ataques aquel plantel de hombres ilustres que se educaron en la obra de regeneración creada por talentos como el de Sanz del Río y su gloriosa escuela, de donde salieron los Castros, los Giner, los Salmerón, los Revilla, los García Serrano, los Sales y Ferré, y tantos hombres eminentes, que, difundiendo los principios fundamentales de toda rectitud de raciocinio, han triunfado de la mentira para implantación de lo puramente social y humano con alteza de ideales soberanos. *El idealismo absoluto*, gran discurso pronunciado por Sanz del Río en la universidad de Madrid, es un dechado de superior doctrina filosófica, digno de estudio y admiración.

Cuando el año 1884 legó don Miguel Morayta aquel magnífico trabajo de crítica, que produjo una gran perturbación en los espíritus, se le aplaudió y defendió por la entereza con que defendió los principios de la razón contra las falsedades

de la sinrazón, de las complacencias engañosas, de la mentira convencional de la enseñanza.

«Creíame (dijo) en el deber de hablar, cual cumple á la Facultad de Filosofía y Letras de cuyo Claustro, aunque indignamente, formo parte. Porque sin que ello signifique pretensión, que no la tengo, de establecer jerarquías en los estudios, todos de igual importancia, como ramas distintas de un mismo tronco; mientras las demás Facultades se dirigen á lo práctico, á lo útil, á lo que capacita para lograr un título que consienta el ejercicio de una profesión, los estudios de Filosofía y Letras sólo conducen á gustar las excelsas delicias del saber.

Estudiar por estudiar, aprender por aprender, penetrar los secretos de la ciencia por el placer de conocerlos, ensimismarse en las investigaciones de la humana razón por el contento que sus resultados producen, es la verdadera misión de esta mi querida Facultad. Pueden bajo este concepto, hasta darse ilustres hombres prácticos que no conozcan, ni aun superficialmente, ninguno de los estudios que le son peculiares; pero ¡ah! que esto no declarará jamás estos estudios inútiles ó perniciosos.

Sería tanto como afirmar que aciertan y que no son dignos de lástima y de conmiseración, los miles de millones de creyentes de la doctrina de Confucio, que viven satisfechos y hasta concurriendo á una obra de progreso sin preocuparse siquiera de que Dios existe. *Donde la ciencia pura no tiene sacerdotes y fieles son tantos templos y palacios egipcios, que aun cuando de estructura y formas gigantes-cas, faltos de sólidos cimientos, cayeron en ruinas antes de lo que merecía su excelente fábrica.*

Las enseñanzas de Filosofía y Letras constituyeron la base y contenido de las Universidades, allá, cuando estas supremas instituciones nacieron á la vida. Ellas las alimentaron constantemente, y ellas existirán siempre, mientras existan establecimientos de enseñanza, públicos ó privados, sostenidos por los gobiernos ó por la iniciativa particular: que sean las que quieran las reacciones ó las revoluciones que puedan sobrevenir, á manera del espíritu de Dios, que las inspira, sobrevivirán á todos los embates y fluctuarán sobre todos los cataclismos.

La Facultad de Filosofía y Letras, con este ó con otro nombre, con muchos ó con pocos alumnos, con un cuadro de enseñanza completo ó deficiente, es inmortal. Y, sobre todo, después de haber las Universidades españolas afirmado y puesto fuera de discusión la ley de su vida, la libertad de la ciencia. Un docto dominico, que llenó con su nombre un momento de las luchas intelectuales contemporáneas, encarece las Universidades alemanas, diciendo que en ellas «la ciencia es libre, los métodos libres, la elección de las cuestiones libre, el profesor libre, sucediendo así que en ellas la libertad lo anima todo y todo lo vivifica». Hubiese asistido á nuestras Universidades, y hubiera podido decir de ellas, poco más ó menos, lo mismo.

El profesor en su cátedra y como catedrático es libre, absolutamente libre, sin más meditación que su prudencia. Nada, ni nadie le impone la doctrina que ha

de profesar, ni la ciencia que ha de creer, ni el sistema que ha de enseñar; ni aun siquiera los reglamentos le marcan los límites de su programa. El Estado, encerrándose en sus propias funciones, sólo le exige severa moralidad, profundo saber y arte para enseñar. Por eso las Universidades están abiertas á todas las opiniones, y por eso yo, con perfecto derecho, fundo mis convencimientos y mi doctrina en la afirmación del sabio abate, académico de la francesa y escritor católico del pasado siglo, Mr. Millot, que, discurriendo sobre un tema semejante al por mí tratado, decía: «la Providencia ha querido que la revelación hiciese santos y no sabios». Sí; dentro de estos augustos templos, levantados exclusivamente á las ciencias humanas, todas las oraciones que arrancan de la conciencia, suenan bien. Mas aun cuando muy aceptables las que responden al sentimiento, entiendo yo lo son más las que, fundadas en la razón, se ofrecen como el resultado de libre, libérrima investigación, separada de todo linaje de preocupaciones y de prejuicios.

Felices los maestros que, al alcanzar estos tiempos, podemos lanzarnos, sin que nadie nos detenga ni lleve de la mano, por el camino que mejor cuadre á las condiciones de nuestro espíritu. Y más felices vosotros, estudiantes de esta Universidad. Oyendo á unos y á otros, comparando procedimiento con procedimiento, doctrina con doctrina, sistema con sistema, opinión con opinión; y contrastando lo que en una cátedra aprendísteis, con lo que se os enseñó en otra, podréis fundar vuestro propio convencimiento. Lo que sepáis, estará arraigado en vuestra inteligencia y será saber vuestro, no porque lo oísteis y os lo dijeron, sino porque vosotros tenéis á mano un razonamiento más ó menos perfecto, pero vuestro al cabo, con que demostrarlo. Los argumentos de autoridad científica fueron á reunirse con los dioses paganos; los libros aprendidos de memoria son en las Universidades un contrasentido. *Y pues que concluyeron los días de los repetidores, LLENAD VOSOTROS LOS TIEMPOS DE LOS HOMBRES DE CIENCIA.»*

Nuestro sabio español don Eduardo Benot y Rodríguez dejó inédito un tratado filosófico.

Titulábase la obra, *Observar, filosofar, creer*. ¡Magnífico monumento de investigación y raciocinio en que la razón prevalece y fulgura!

Para muestra de su estilo claro, hermoso, de briosa entonación, de meditación y acierto, copiamos estos argumentos incontrastables:

«El hombre suele hallar las leyes y utilizarlas; pero yerra con grave frecuencia cuando trata de explicar su razón, su causa: las causas ¡ah! éstas retroceden á medida que se las persigue, y jamás daremos con ellas.

Así, el hombre conoce que una corriente eléctrica desvía la aguja magnética ó convierte en imán una barra de hierro dulce; ó bien inventa el telescopio, para conquistar con la vista los espacios siderales, y contemplar los sistemas de soles más remotos; sabe que el calor dilata los cuerpos é inventa la veloz locomotora;... pero el hombre, que utiliza las leyes de la naturaleza, que construye el telégrafo,

el telescopio, la locomotora... ignora lo que es la electricidad, lo que es la luz, lo que es el calor, lo que es el movimiento. Inventa teoría sobre teoría, y todas caen: inventa los fluidos imponderables, entidades acomodaticias que á todo se prestan porque se les regalan las propiedades que han menester para explicar los fenómenos; y, después que las teorías de las emisiones y de las vibraciones del *fluido* luminoso, del *fluido* eléctrico, del calórico, se encuentran revestidas del más brillante aparato científico con el séquito diamantino de fórmulas matemáticas, y de silogismos los más suficientes,... aparecen de pronto en Inglaterra Grove y en Francia Seguin, con una bandera de vivísima y seductora luz, gritando: «afuera los clásicos imponderables: no existen: son entes de razón: la luz, el calor, la electricidad, el magnetismo, la afinidad química... son fenómenos correlativos: no son más que MOVIMIENTOS ESPECIALES de la materia: sólo existe materia y movimiento.

Y los sabios oyen absortos, y los neófitos se preguntan sobresaltados: ¿qué es la ciencia?

Si se trata de teorías y sistemas: poco. Si se trata de hechos bien vistos y comprobados, mucho. Si se trata de leyes adquiridas, una inmensidad.

Los hechos viven: las leyes introducen la unidad en lo innumerable: los sistemas ligam y entrelazan las leyes, pero de un modo interino y mientras no viene algo mejor.

Como el pulmón necesita aire, así la inteligencia necesita leyes: como el imán busca el Norte, así la inteligencia se dirige hacia las causas.

En resumen. El hombre no sabe nada con conocer hechos sueltos: necesita poseer sus leyes; y no puede menos de conquistar sus causas.

FELIX QUI POTUIT RERUM COGNOSCERE CAUSAS. »

Entre los tratados filosóficos publicados en España, aunque escasamente conocido y poco estudiado por la prevención con que se le miró poco después de la revolución de Septiembre, está uno que se reprodujo por el autor en Madrid el año de 1831.

Es obra bien pensada y escrita y, para comprender bien su alcance y originalidad, creemos oportuno copiar algo del prólogo de la última edición.

Titúlase la obra MATERIA, FORMA Y FUERZA. *Diseño de una Filosofía*, por don Pedro Sala y Villaret. Tomo en 4.º, de 348 páginas, más 10 de prólogo.

Tiene éste importancia por ofrecer datos autobiográficos para la historia del libro, y antecedentes sobre las ideas religiosas y filosóficas en España del 54 al 66, situación bien deplorable para los que pensaban.

Empieza diciendo el señor Sala y Villaret, que el año de 1866 terminó la doble carrera de Teología y Derecho civil y canónico, junto con la de Filosofía y Letras. Al fin de tan larga peregrinación «por los campos de la llamada ciencia», según sus palabras textuales, trató de concentrarse para medir el camino recorrido y dar unidad al abigarrado conjunto de sus impresiones intelectuales.

Hubo de darse respuesta muy desconsoladora...

«Desde la florida costa de una hermosa región de Cataluña (dice), arrojé una mirada al mar, á la tierra, al cielo, que se aparecían allí con todos sus encantos, y en una suprema síntesis logré ver que el mundo se compone sólo de tres elementos: *materia, forma y fuerza*. Intenté comprobarlo en el orden físico y me resultó. Apliqué la teoría al mundo vegetal, y me lo explicó perfectamente. Traté de hacerla extensiva á la región del llamado espíritu, y me dió también los más sorprendentes resultados.» Escribió un libro con todas sus observaciones. Venció las numerosas dificultades que á la publicación se le oponían, y dió á luz la primera edición de su libro en Diciembre de 1868, bajo el seudónimo de *Melchor Salvany*, siendo el impresor don Juan Oliveres, de Barcelona.

El desencanto fué terrible... Quedó el libro casi en la misma obscuridad que estando en mi cartera. En cambio, se apercibió de él la autoridad eclesiástica, á la cual estaba yo entonces personalmente sometido, y se me pidieron explicaciones de lo que había escrito en *MATERIA, FORMA Y FUERZA*. Se nombró un Tribunal, compuesto del que es actualmente obispo de Urgel, don Salvador Casañas, y del catedrático de Psicología del Seminario, que lo es todavía, don José Pibernat, á fin de que emitieren dictamen y se fallase en consecuencia.

Todos los ejemplares fueron llevados al palacio episcopal, en cuyos antros desaparecieron, sin que yo haya vuelto á tener más noticia de mi querida producción. La casualidad me ha permitido encontrar un ejemplar de los pocos que circularon, y es el que me ha servido de base para esta segunda edición (la de 1891), corregida y aumentada, que ofrezco de nuevo al público.»

Son muy curiosos los siguientes datos sobre la historia y origen del libro:

«Veintidós años (decía el autor de la última fecha) han transcurrido desde la primera impresión, largo trancurso de tiempo que, á mi juicio, no ha quitado al libro su oportunidad, ni toda su originalidad. Es cierto que la ciencia ha venido á coincidir con su idea fundamental. El Universo se compone de *materia, forma y fuerza*, como ha dicho posteriormente Haeckel, con palabras textuales, y en parte también lo ha popularizado Buchner; pero, así como los naturalistas, desde este punto común de arranque, han ido á parar al materialismo y al ateísmo, *yo tomé una dirección contraria*, «aportando al espiritualismo y al cristianismo más ortodoxo»; con lo que desvirtuó la doctrina que trató de sostener, hay que decirlo así.

Sin embargo, el señor Sala y Villaret dice que la adaptación que él hace «es un rasgo que por sí solo constituye la mejor recomendación del libro, ya que hoy no puede reclamar la originalidad del pensamiento fundamental que ha entrado en el acervo común de la ciencia». También cree el autor español que es un mérito no despreciable el haber encontrado una fórmula que da unidad real, no lógica ni psicológica solamente, «á las diferentes partes de la filosofía» mejor que Espinosa con su *Substancia, Modos y Atributos*, ni Descartes con su *Pensamiento*, ni Hegel con su *Idea evolutiva*, ni el positivismo ó cualquiera de los otros sistemas antiguos y modernos. «Mi fórmula abarca (dice) toda la realidad, sensible y su-

prasensible, científica y religiosa; cosa que no puede decirse de otra alguna, á lo menos de las que yo conozco».

También consideramos de importancia copiar el siguiente párrafo:

«Se me perdonará que sea yo mismo el apologista del libro, teniendo en cuenta que el lapso de tiempo que me separa de su concepción y nacimiento, me constituye casi en un extraño. Mas no soy yo solo quien ha hablado de él con encomio, pues en favor suyo puedo citar la alusión honrosa que en la legislatura de 1878 hizo don Alejandro Pidal, discutiendo con el señor Moreno Nieto, al seudónimo Salvany, colocándole al mismo nivel que á Bonald, Maistre, Hofele y otras eminencias del Catolicismo. Teniendo en cuenta la declaración de catolicismo que ostentaba el prólogo de la primera edición, y el no existir otro autor de este apellido, que yo había adoptado provisionalmente en el mundo filosófico-religioso, no me cabe duda que á este libro iba dirigida la alusión.»

Sala y Villaret sigue explicando en nuevos párrafos la significación filosófica de su obra, que, por considerarla de alta novedad en las letras españolas, es digna de estudio y atención.

«Encontraba en su libro (dice el autor) un materialista célebre, ideas dignas de ser tomadas en cuenta, según puede verse en el inolvidable folleto del señor Suñer y Capdevila, que dió tanto que hablar en los primeros tiempos de la revolución. Ideas y frases suyas coincidieron con las de este ensayo; lo cual indicaba que no me había hecho una ilusión al proponerme cegar el abismo que separa al materialismo del espiritualismo.»

Vamos á reproducir los últimos párrafos del prólogo, que son verdaderamente notables.

«Dejando aparte las opiniones favorables que estas ú otras personas hayan emitido, me lisonjea en alto grado el haber interpretado por instinto el pensamiento moderno, que entonces germinaba en las entrañas de Europa, y que yo desconocía, no sólo sobre las líneas generales de la ciencia, sino también sobre importantes detalles. La definición del Derecho, por ejemplo, me resultó literalmente igual á la de Krause, cuya filosofía no había yo siquiera saludado, yendo á parar á ella por caminos y procedimientos totalmente distintos, según puede comprobarlo el que siga ligeramente el curso de mis investigaciones sobre la moral, de la que es una derivación el Derecho. Asimismo se podrán observar no-



Buchner.

tables coincidencias con la filosofía aristotélica, á cuyas ideas de *materia*, *forma* y *ser*, doy el sentido que sus cultivadores presintieron, pero que no llegaron á alcanzar. Puedo añadir todavía, que en el sistema aquí expuesto, concilio aquella filosofía, que sólo conoció la *materia* y la *forma*, con la moderna, que sólo habla generalmente de *materia* y *fuerza*, dejando entrambas, por uno ú otro concepto, mutilado el triángulo sobre que está sentado el Universo.

Todo el secreto de la composición de este libro estriba en el sentido que doy á la palabra *fuerza*. Me consta de antemano que lo combatirán los materialistas, empeñados en reducir la fuerza á simple propiedad de la *materia*, sin constituir una entidad especial, aunque inherente á la misma. Apelo del juicio de aquéllos al de los que poseen algún sentido metafísico, y aun simplemente común, para decidir si la fuerza, en todas sus apariciones, muestra ó no un carácter diametralmente opuesto al de la *materia*. Y al fin, hipótesis por hipótesis, véase cuál explica mejor los fenómenos de todos los órdenes, con cuál de los dos se descifra más cumplidamente el misterio del Universo.

Ignoro si el juicio benévolo que en un principio formé de las teorías aquí expuestas, y en el cual todavía persisto, será ratificado por el público.

Podrá suceder que las razones emitidas y las opiniones particulares de que he hecho mención, así como otras no menos autorizadas, de carácter íntimo, no se vean confirmadas por la opinión general. Podrá suceder que no se me perdonen las lagunas que deja en este trabajo mi poca competencia en ciencias físicas y naturales, para dejar perfectamente comprobada mi tesis. Aun los defectos inherentes á la juventud, cuando trata de invadir las supremas esferas de la inteligencia, podrán ser un obstáculo á que se pesen y acrisolen las soluciones que propongo á los más grandes programas. Si así fuese, me quedará siempre el consuelo de haber hecho un gran esfuerzo para el triunfo de lo que yo estimo verdad, y ya que resulte estéril mi antiguo y mi nuevo sacrificio, habré cumplido con mi deber. >

Un escritor contemporáneo de gran prestigio, que ha sido feliz propagador de las mejores doctrinas filosóficas, al publicar en el volumen XXIV de su BIBLIOTECA *la Política de Aristóteles*, condensa en breves páginas hermosos razonamientos sobre los desenvolvimientos científicos de los principios filosóficos en todos los siglos; resumen que merece ser citado por la claridad de la exposición y la brillantez de la forma literaria. Nos referimos al señor don Antonio Zozaya, que es un gran maestro, trátase de filosofía antigua ó moderna, y divulgador habilísimo de los trabajos más profundos en todos los tiempos.

« Cada época, cada pueblo (dice Zozaya) ha aportado á la obra gigantesca de la civilización un elemento nuevo que, sintetizándose después con otros no menos importantes, ha contribuido á formar el organismo científico-filosófico. Así, toda teoría, toda escuela ha satisfecho una verdadera necesidad histórica.

La han satisfecho el budismo, el brahmanismo y la doctrina de Confucio, ver-

dadero racionalismo moral; Zoroastro, procurando realizar el idealismo en la experiencia; las escuelas jónicas y eleáticas, que preparan la obra de la Grecia; los sofistas, que Sócrates combate, fundando la unidad y la armonía de la filosofía en la conciencia humana; Platón, armonizando la imaginación y la razón y coronando así toda la tarea filosófica antigua. La ha satisfecho, por fin, Aristóteles que, siendo como el polo opuesto de la doctrina de su maestro, representa el principio de variedad y se funda en la experimentación sensible.

Tal ha sido y es la labor incesante de la Humanidad, tal es el desenvolvimiento gradual del conocimiento filosófico. A los sistemas incompletos, engendrados del comercio inevitable de la libertad con la historia, han sucedido siempre sistemas completos, como en las progresivas creaciones de la Naturaleza, á análisis parciales, análisis totales; á abstracciones vagas, síntesis orgánicas, en palabras de Sanz del Río.

Así, la filosofía decadente socrática, representada por Zenón y Epicuro, emancipándose del exclusivismo helénico, proclama la unidad de la especie humana; la filosofía greco-oriental lleva á cabo la alianza de la Grecia y del Asia; el cristianismo, reformando el principio de toda ciencia y cambiando la faz de las instituciones todas, armoniza la ciencia y la vida, la razón y el sentimiento, apoyándose en un elemento nuevo: la fe.

La filosofía moderna afirma á Dios como sustancia del mundo y no como sér personal superior al mundo, como la filosofía de los Padres de la Iglesia y la escolástica, inspirada aquélla en Platón y ésta en Aristóteles; Descartes, Malebranche y Spinoza buscan solución al problema del conocimiento en la conciencia y en los hechos racionales; Bacón, Hobbes, Locke, Hume, Berkeley y Condillac, la buscan en los hechos sensibles, y Leibnitz procura unir estas dos tendencias en el eclecticismo monadológico.

Así, Kant, analiza el conocimiento con su maravillosa síntesis y su criticismo; Fichte sistematiza su doctrina comprobando la garantía de la razón; Schelling formula el panteísmo en el sér absoluto; Hegel combina estos dos sistemas, y, por fin, Krause, demostrando la objetividad del conocimiento, considera el conocer como realidad interior del sér en el racionalismo armónico, que, abrazando todas las precedentes tendencias, las despoja de sus errores y hallan el verdadero concierto entre el pensamiento y la vida...»



Schelling.

La Política, después de Aristóteles, ha permanecido estacionada durante muchos siglos. Los Padres de la Iglesia y la escuela histórica han considerado el derecho como un orden exterior, cayendo en el formalismo consiguiente destituido de espíritu ético y racional. Después de confundirse por Kant el derecho con la voluntad, las escuelas individualistas no han podido menos de caer en ese forma-



Montesquieu.

lismo exterior, sin que hayan bastado á corregir su falsa dirección los trabajos de Schelling, Hégel, Stahl y Savigny. El doctrinarismo moderno, fundado en el eclecticismo, filosofía del justo medio y del *statu quo*, admite el Estado como supuesto necesario sin ver que su idea es la idea fundamental de toda política. Así, desprovistas de un fundamento sólido, las monarquías reflejan hoy el doctrinarismo aristocrático de Montesquieu y Benjamín Constant, ó el mesocrático de Royer Collard, mientras en las democracias aparece el doctrinarismo de Rousseau y de Sieyès.

El doctrinarismo de Montesquieu y de Rousseau, no menos que el de Royer Collard, toca á su ocaso.

Krause, Ahrens, Leonhardi, Roeder y Tiberghien han trazado nuevos senderos para llegar á devolver á la ciencia del derecho su verdadero espíritu; y en nuestra patria, Sanz del Río, Giner, Salmerón, Azcárate, Castro, Revilla, González, Serrano y otros. Quizá no esté lejano el día en que, reconociéndose universalmente el verdadero concepto armónico de la ciencia política, no será estéril la obra de tantos pensadores y de tantos siglos.

Las obras filosóficas de don Francisco Pi y Margall, que forman los diálogos que constituyen *Las luchas de nuestros días*, tienen un fin práctico de enseñanza racional sobre la base del positivismo científico.

Leoncio, representante de la experimentación expresiva de la verdad, demuestra que los procedimientos aplicados por los partidarios del pasado, nada han resuelto favorable á la Humanidad, aunque lo procuraran al efecto. Hicieron aprender el latín, no en los antiguos clásicos, sino en los Santos Padres. Como modelos de elocuencia le sublimaron predicadores favoritos. No se le dejó leer más poesías que algunas de Fray Luis de León, las de San Juan de la Cruz y las de Santa Teresa. Se le enseñó la Filosofía por el Padre Amat, anotado y expurgado por un tío suyo. Al explicarle las pocas leyes de la naturaleza que su propio padre conocía, no se cansó de repetirle que Dios podía alterarlas y sus-

pendeirlas, como se había visto en diferentes siglos, sobre todo á la muerte de Cristo y en aquella famosa batalla en que se detuvo el sol para que Josué pudiera completar su victoria y acabar con sus enemigos. Al darle algunas lecciones de Geografía rechazó por de contado el sistema de Copérnico como contrario á la Biblia y al testimonio de nuestros propios sentidos. La tierra á sus ojos era el centro y aun la parte principal del mundo. Dios había encendido solamente para nosotros el sol que nos alumbraba de día, la luna que nos disipa las tinieblas de la noche, y los innumerables astros que tachonan la bóveda del cielo. El lo creía todo firmemente...

Cuando disfrutó después, en casa de un hombre muy aficionado á los estudios astronómicos, de la confianza que en él depositó invitándole á contemplar una noche las maravillas del cielo, llegó á comprender cuanto estaba para él vedado ú oculto por los prejuicios hieráticamente impuestos, y que predominan aún en las inteligencias refractarias al estudio.

Copio varios párrafos del Diálogo primero:

«Frecuenté (dice) su casa y aun su observatorio; me aficioné á mirar en su excelente anteojo, hoy las escabrosidades de la Luna, mañana los satélites de Júpiter, al otro día los anillos de Saturno; fui de cada día creciendo en curiosidad, multiplicando mis preguntas y oyendo con interés sus explicaciones, que él se esforzaba en poner al nivel de mi inteligencia; y terminé por pedirle libros donde pudiera metódicamente enterarme del sistema del Universo. Aunque estaba convencido de la precisión con que seguía la ciencia la marcha de los planetas, fijaba las distintas posiciones en que los unos para con los otros se iban encontrando y predecía el momento de los eclipses, temía yo, en mi profunda ignorancia, que partieran los astrónomos de suposiciones aventuradas y tal vez gratuitas al hablar de las enormes distancias á que están, así los astros errantes como los fijos, y sobre todo, al calcular la magnitud y el peso de los que del sol dependen. Convirtiéndose mi error en asombro al conocer las leyes en que descansan estos difíciles cálculos; y, si dudas me hubiesen quedado acerca de lo primero, habría venido á desvanecerme el resultado de las observaciones sobre el paso de Venus por el Sol, hechas por diversos astrónomos en distintos puntos del globo.



Royer Collard.

Es imposible que V. comprenda la revolución que se produjo en mis ideas.

La obra de mi tío se vino toda abajo. ¿Conque la «Tierra que yo consideraba inmóvil en el centro del mundo—me decía—no es más que uno de tantos planetas como giran alrededor del Sol describiendo inmensas órbitas, da al día la vuelta sobre su eje y recorre al año una elipse de doscientos treinta y cinco millones de leguas? ¿Y ese Sol, que yo veía como un pequeño disco de oro, es una colosal esfera incandescente con manchas que son abismos, y erupciones de llamas que le hacen millares de veces más agitado y revuelto que el Océano en sus más furiosas borrascas? ¿Y es él quien por su fuerza de atracción sostiene en el espacio á los planetas desde Mercurio á Neptuno, los rige y gobierna en acompasado movimiento y les da luz, calor y vida? ¿Y ese cielo, que yo miraba como el trono de Dios y la mansión de los justos, que me parecía la techumbre en que había engastado Jehová las estrellas, que se me presentaba como el límite de todo lo creado, no es sino nuestra propia atmósfera, que apenas levanta quince leguas sobre la superficie de la Tierra? ¡Quince leguas, cuando nos separan del Sol treinta y siete millones; más de mil millones del planeta Neptuno!

Mis ideas acababan de trastornarse cuando aprendía que el Sol no es más que una de tantas estrellas como brillan y centellean en la oscuridad de la noche, y éstas son todas otros tantos soles, focos de otros tantos sistemas planetarios, y las hay por millones debajo mis plantas y sobre mi cabeza; cuando advertía que al considerarlas y querer calcular los espacios en que reinan y mueven sus respectivos mundos, se pierden en lo infinito así los ojos como la más ardiente fantasía. Empecé á ver lo infinito en la materia, y estaba próximo á ver en ella lo eterno.

Esos innumerables mundos, innumerables digo, porque hasta ahora sólo conocemos los que ha permitido descubrir la fuerza de nuestros anteojos y telescopios, no fueron siempre lo que hoy, á juzgar por la reducida historia de los cielos. Han venido á su actual manera de *ser* por un largo desarrollo genesiáco: formaron en otro tiempo parte de las nebulosas que cruzan el espacio como un blanco velo, y antes la hacían tal vez de una especie de éter cósmico, más vago é incoherente aún que las nebulosas más irreductibles. De una nebulosa se cree desprendido el sol que nos dirige por los *desiertos del vacío*. Así las cosas, ¿quién ha de atreverse á poner límites al tiempo? ¿Quién á indicar siquiera el origen del primer astro que derramó la luz por los espacios?

Me afirmaba el astrónomo en mis pensamientos, demostrándome que *no perece nunca la materia*. La materia, decía, recibe transformaciones sin número; no se pierde jamás uno de sus átomos. Para probármelo, citaba repetidamente los fenómenos de la combustión y los de la descomposición de los cadáveres.

Acogía yo con avidez esas explicaciones, las rumiaba en el silencio de mi gabinete, buscaba libros que me las aclarasen y completasen; y á solas, sin atreverme á comunicarlo á nadie, reflexionaba y decía: ¿Dónde está ahora Dios? Decían que moraba en las regiones de lo infinito, y por los infinitos espacios se extienden los infinitos soles y vagan los infinitos mundos del Universo. Se le decía

causa de todo lo creado, y como tal, eterno; y, *eterna la materia, no puede menos de ser causa de sí misma*. Ya no me es posible concebirle sino como el alma de la naturaleza. Pudo dar á la materia forma, vida, movimiento, nunca crearla. ¿Qué es ya de ese poderoso Jehová de la Biblia, que sólo con la voluntad había hecho surgir de la nada cuanto existe? ¿Dónde tiene su solio? ¿Dónde están sus coros de ángeles y sus elegidos?»

Ya hemos sostenido al principio de este trabajo que fueron muy deficientes los libros filosóficos que dejó publicados don Jaime Balmes, y que sus obras de controversia histórica y crítica, como el *Protestantismo comparado con el Catolicismo*, contiene infinidad de defectos que hoy le hacen poco recomendable en cuanto concierne á la verdad respecto á las creencias ortodoxas y al fin social puramente de las religiones romana y reformada.

El Centenario de su nacimiento, celebrado en Vich en el mes de Agosto de 1910, no llegó á tener el esplendor que España hubiera deseado. Y es que el filósofo no es ya discutido sólo por los pensadores independientes que siguen las inspiraciones científicas de la nueva filosofía; está en entredicho también su misma autoridad católica, á consecuencia del examen que ha hecho de su importancia y superioridad como tal filósofo el padre Zeferino González, creador moderno del Tomismo, escuela más bien política que filosófica, que se puede decir fracasados en vista de los resultados negativos de sus esfuerzos.

Tratando de esta cuestión de diferencias de criterios entre Balmes y el padre Zeferino, ha dicho don Juan Valera lo siguiente en 1903, que merece copiarse y con lo que pondremos fin á este *Boceto de la Filosofía española en el siglo XIX*.

«El Padre Zeferino González, al hablar del edificio filosófico de Balmes, no arrasa en torno de este edificio el campo agostado y seco de la filosofía española. Balmes no surge con sus libros, en medio de un desierto y sin ningún precedente. A pesar del sensualismo y del enciclopedismo del siglo XVIII y á pesar del eclecticismo y de otras importaciones malsanas, la filosofía católica no había dejado de cultivarse en España, según el Padre Zeferino. Persistía floreciente en las escuelas eclesiásticas y la habían divulgado entre los profanos «los escritos del portugués Almeida, las excelentes obras del Padre Zeballos y más tarde las *Cartas críticas* y las *Cartas aristotélicas* del Padre Alvarado, ó sea el *Filósofo rancio*.»



Fray Zeferino González.

Declara, además, el padre Zeferino que Balmes *no es un filósofo original*, con la originalidad usada en nuestros días, ó dígase que no ha creado un sistema. Claro está que no se expone á errar quien no aspira, que no se ahoga quien para nadar no se arroja al agua, y que si Icaro no hubiese intentado volar no hubiera caído.

«¿Pero basta á ser llamada *filosofía*, y *filosofía fundamental* nada menos, una construcción racional en que la razón no trata de coincidir y de armonizarse con la fe, ni á ella se subordina procurando explicársela, sino que se limita á ser instrumento dócil de su defensa?

Aun así, el mismo padre Zeferino, si no acusa á Balmes de error, le acusa de sentar proposiciones peligrosas y resbaladizas que nos pueden inducir en error muy fácilmente.

Balmes es un filósofo escolástico; un tomista anterior al nuevo y brillante renacimiento del tomismo; pero, en no pocos puntos, se aparta de la doctrina de Santo Tomás y acepta y adopta pensamientos de Descartes, de Leibnitz y de la ideología empírica de la Escuela escocesa. De aquí el error ó la involuntaria propensión al error de que le acusa el padre Zeferino, asegurando que para Balmes «sólo poseemos certeza racional y segura en orden á los fenómenos subjetivos; la que poseemos en orden á la realidad objetiva de las cosas distintas del yo, es certeza que se apoya en una necesidad íntima, en una inclinación instintiva de la naturaleza.

De lo dicho, infiere el Cardenal González, que en la doctrina filosófica de Balmes entran por mucho el psicologismo cartesiano y el empirismo escocés, extraños elementos que, si no inducen, llevan muy cerca del error á quien los emplea.»

Valera dice, sin embargo, que «causa de que las alabanzas del P. Zeferino se limitaran demasiado y no fuesen mayores, hubo sin duda de ser la precipitación con que Balmes escribía. Las obras filosóficas y teológicas requieren previo y profundo meditar con tiempo y reposo, y Balmes escribió en poco tiempo y excitado por sus tareas de periodista y por sus planes de hombre político, además de la *Filosofía fundamental*, la *Filosofía elemental*, *El criterio*, *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, y otros tratados y disertaciones de controversia filosófica y religiosa».
